

UNIV. OF ARIZONA

864.59 M385di

mn

Azorin/Un discurso de La Cierva



3 9001 03949 4771



A Z O R I N

Obras completas

Tomo XLV

Un discurso de La Cierva



Rafael Caro Raggio: Editor

M A D R I D

3036 5

OBRAS COMPLETAS

DE

A Z O R Í N

- | | |
|--|--|
| I.—EL ALMA CASTELLANA. | XV.—AL MARGEN DE LOS CLÁSICOS. |
| II.—LA VOLUNTAD. | XVI.—EL LICENCIADO VIDRIERA. |
| III.—ANTONIO AZORÍN. | XVII.—UN PUEBLECITO. |
| IV.—LAS CONFESIONES DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO. (Aumentada.) | XVIII.—RIVAS Y LARRA. |
| V.—ESPAÑA. | XIX.—EL PAISAJE DE ESPAÑA VISTO POR LOS ESPAÑOLES. |
| VI.—LOS PUEBLOS. | XX.—ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA. |
| VII.—FANTASÍAS Y DEVANEOS. | XXI.—PARLAMENTARISMO ESPAÑOL. |
| VIII.—EL POLÍTICO. | XXII.—PARÍS, BOMBARDEADO Y MADRID, SENTIMENTAL. |
| IX.—LA RUTA DE DON QUIJOTE. | XXIII.—LABERINTO. |
| X.—LECTURAS ESPAÑOLAS. | XXIV.—MI SENTIDO DE LA VIDA. |
| XI.—LOS VALORES LITERARIOS. | XXV.—AUTORES ANTIGUOS. (ESPAÑOLES Y FRANCESES.) |
| XII.—CLÁSICOS Y MODERNOS. | XXVI.—LOS DOS LUISES Y OTROS ENSAYOS. |
| XIII.—CASTILLA. | |
| XIV.—UN DISCURSO DE LA CIERVA. | |

Un discurso de La Cierva.

ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT BY
RAFAEL CARO RAGGIO

1921

Establecimiento tipográfico
de Rafael Caro Raggio

A Z O R I N

Obras completas

Tomo XIV

Un discurso de La Cierua



1 9 2 1

Rafael Caro Raggio: Editor
Calle de Mendizábal, 34
M A D R I D



ESTAS páginas han sido escritas junto al mar, en un verano trágico. Comentarios son de un discurso pronunciado por un gran político, en quien —contrariamente a la generalidad de los parlamentarios— la palabra es un medio y no un fin.

Cuando las escribíamos se iban desarrollando los formidables incidentes de una lucha gigantesca. Mostramos en este libro una honda preocupación por la continuidad en el esfuerzo político, por la coherencia social, por el trabajo reflexivo y por el método. A cada momento a nuestro espíritu acuden todos estos conceptos como centro de una ideología. No puede haber esfuerzo fecundo en la discontinuidad y en la incoherencia. Durante nuestros paseos, en Bayona —la bella ciudad—, por entre las alamedas maravillosas de la Puerta de España; a lo largo de las suaves playas de la Costa de plata, estos pensamientos se nos imponían tenazmente.

Sobre el verde de las frondas destacaban los uniformes rojos de los soldados, y por las arenas de las playas, en los crepúsculos de la tarde, paseaban los heridos convalecientes. Todo un pueblo, con un patriotismo maravilloso, con una abnegación heroica, hacía el mayor de los sacrificios. La labor de un parlamentarismo devastador, actuando terriblemente durante cuarenta años, no había acabado con la vitalidad de la nación. De pronto, este gran pueblo suplía, con su fe y con su decisión, la obra que debieron haber realizado los directores políticos a lo largo de los años. La experiencia era angustiosa. Y el extranjero que paseaba por aquellas alamedas y por aquellas playas; el extranjero apasionado del gran pueblo de Montaigne y de Sainte-Beuve, de Le Notre y de Chardin; el extranjero que sentía como propios estos ajenos dolores, grababa cada vez más hondamente en su alma esta lección, y comprobaba tangiblemente, sobre los hechos reales, la honda verdad de una concepción política basada en las condiciones ya dichas.

I

El hombre.



Nos proponemos hacer algunos breves comentarios sobre el último discurso —10 junio 1914— pronunciado en la Cámara popular por don Juan de La Cierva. Hay en La Cierva un infatigable trabajador y un espíritu perspicaz. Estamos en su presencia. Físicamente, nuestro político es un hombre de complexión recia, sólida; rubio, con una barbita breve, recortada, en su faz brillan e interrogan unos ojos grises. La larga práctica de la lucha política ha puesto en los movimientos, en el gesto, en los ademanes todos de La Cierva, un aire de contención y de reserva irreprochable. *Una gran energía que se contiene:* ésta pudiera ser la definición de nuestro político. Una gran energía regimentada, reprimida, metodizada. Muchas veces, en presencia de nuestro amigo, por natural asociación de ideas, hemos pensado en Próspero Merimée; hemos pensado en este escritor en quien la realidad ambiente hizo replegarse sobre sí mismo y exteriorizar su

energía, su gran fuerza íntima, en una producción impersonal, objetiva, correcta, límpida y uniforme. Lo que es esto en literatura, en la lucha política, en la diaria batalla parlamentaria, es la actitud correcta e impasible; es la prudente y sostenida reserva; es la frase sopesada, reflexiva, meditada en toda su trascendencia, en todas sus derivaciones; es la dialéctica escueta, descarnada, sin ramajes vistosos ni faramallas embarazosas; es la acción rápida, pronta, eficaz, intrépida, decisiva... Un hombre de viva intuición y de larga experiencia —como La Cierva— no se va en política tras las *representaciones de las cosas* —según la frase de Maquiavelo—, sino tras la eterna, realísima, indestructible *verità effettuale*.

Todas las tardes nuestro político acude a la Cámara popular; charla un momento en los pasillos con los amigos; ocupa luego su escaño en el Salón de Sesiones. Allí asiste a las deliberaciones parlamentarias. Cuando interviene en la discusión...

Hay muchas clases de oradores. ¿Qué oratoria convendrá más en estos tiempos en que vivimos? ¿Qué oratoria armonizará con la rapidez de la vida moderna? ¿Se concibe un Parla-

mento que conserve la modalidad de 1830 —época de las diligencias— en tanto que cruzan vertiginosos por el aire los aeroplanos y van y vienen rapidísimos por la tierra automóviles y grandes expresos? La comunicación intermental ha de ser directa y rápida, como es directa y rápida la comunicación entre sociedades y agrupaciones humanas. Nada de engorrosas digresiones, de imágenes inútiles, de retóricas pomposas y vacías, de énfasis grandilocuentes. Todo sobrio, fuerte y calculado. La Cierva no es un orador a la antigua, sino un polemista a la moderna. No dice nada inútil y sólo dice lo que se propone decir. Cuando se pone en pie, cuando comienza a hablar, el auditorio sabe que de todo cuanto diga este orador no se puede perder ni un matiz, ni una palabra. Hay oradores durante cuyos discursos podemos charlar en los escaños o entrar y salir en el salón; escuchamos un pedazo de discurso; salimos; volvemos a entrar; después tornamos a salir... No importa no escuchar toda la oración; lo mismo da escuchar un fragmento que otro. No se puede hacer este juego con oradores como La Cierva. Sabemos que su discurso va a ser una obra reflexivamente construída; tal

frase que parece que no tiene importancia, veremos dentro de un momento que ha sido dicha —como al descuido— para poder echar por delante luego esta otra idea, ya no simple esbozo, sino más desenvuelta, más audaz. El matiz, la inflexión, la transición tienen en este polemista importancia extraordinaria; las cosas más terribles para el adversario, los asertos más peligrosos van a ser dichos esbozados, insinuados, sugeridos de un modo casi imperceptible, pero que la experiencia parlamentaria del auditorio va a recoger inmediatamente.

Está en pie La Cierva en su escaño. Comienza a hablar; ni un músculo de su cara se mueve; erguido el busto, inmóvil, con la mirada indefinida —acaso un poco pálido—, el orador va pronunciando su discurso. Fríamente, con impasibilidad, con una corrección irreprochable, La Cierva va haciendo la exposición de sus argumentos. Una viva, ansiosa atención de la concurrencia le sigue. De cuando en cuando, una pausa para tomar respiro o para recoger unos papeles. Y si la materia es árdua, de empeño, peligrosa, de difícil realización, veremos —ésta es nota esencial— cómo este hombre, en vez de titubear, de tantear pacatamente el

terreno, se va animando, encendiendo, enardeciendo hasta llegar al apóstrofe ardoroso y a la conminación intrépida.

Ya la obra cauta y reflexiva de defensa o de exposición ha terminado; el orador acaba de entrar en el terreno de la inspiración y de la libre espontaneidad. Ya está aquí el hombre de multitudes, el que cautiva, el que apasiona. Una calurosa salva de aplausos estalla entre sus correligionarios. El orador avanza decidido, valiente, un paso más. Resuena otra clamorosa ovación, larga, entusiasta. El auditorio está conquistado. No nos hallamos ya, sencillamente, en presencia de un polemista habilísimo y temible, sino de *un hombre*.

Este hombre rudamente combatido, a quien la aspereza de la lucha ha hecho replegarse sobre sí mismo, tiene un corazón bondadoso, efusivo. Hombre de partido, inspirador de una inmensa masa política, conserva de par en par su puerta para todos y tiene para todos un consejo, una indicación cariñosa, una advertencia, un recuerdo, una norma de vida. ¡Qué di-

fácil es saber escuchar! Un político, un artista, un hombre de multitudes que sepa escuchar atento, discreto, paciente, es una cosa rarísima. Aun entre los pocos que escuchan, no hacen mas que *hacer semblante de que escuchan*: en realidad, en vez de escuchar están ya pensando en lo que van a decir. La Cierva recibe a todas horas a todos, sin dilaciones y sin trámites, y escucha a todos. Desde la mañana hasta la noche, allí está en su sencillo despacho —decorado con un busto de Wágner—, dispuesto a a tender, escuchar, dirigir a cuantos a él se acerquen. (Sencillo y reducido despacho. Por la ventana, enfrente, se ve el clásico parterre del Retiro, con sus bojes recortados y sus centenarios cipreses. A la derecha, en la lejanía, bajo el cielo radiante, se extiende el panorama gris, ocre, verde, de la Mancha.) ¿Cómo nuestro político, desde que rompe el alba hasta la media noche, puede soportar este formidable trabajo abrumador de su profesión y de los tráfagos políticos? Nunca se diría que está cansado, fatigado; siempre, en todo momento, está dispuesto al ímpetu, a la lucha.

Cansancio, no; desesperanza, no; pesimismo, no; renunciamiento, no. Hay en La Cierva un

fondo de vida y de energía inagotables. Político realista, enamorado de *la verdad efectiva*, apasionado de la acción, no podemos figurárnoslo sino como un gran optimista. ¿Optimista como equivalente a ingenuo, como sinónimo de ilusionado por una concepción artificiosa de la política, de la sociología y de la historia? No; un hombre que vive en la realidad de la política, que tan profundamente conoce a los hombres, no puede participar de este infantil optimismo. Optimista, sí, en el sentido heroico y humano de *hombre que no se cansa*. No puede haber más bello espectáculo que el del hombre que no se cansa. Un hombre así —en política, en literatura, en arte— es un hombre que nos da la expresión —la más honda, la más alta— de que todo cuanto puede rendir la vida en un momento histórico y en un espacio determinado él lo hace rendir. Todos los días, a todas horas, en todos los momentos, la fisiología de estos hombres da su máximo. Cualquiera que sea vuestra concepción del mundo y de la vida, sean las que sean vuestras ideas respecto al origen y el fin de las cosas, no podréis menos de reconocer la ejemplaridad y la belleza de una vida que constantemente da su rendimien-

to más alto. ¿Queréis una más honda lección de optimismo?

En marcha. En marcha, con un hombre así, hacia las realidades de la política. En marcha hacia una acción directa y fecunda. En marcha hacia los problemas complejos que están esperando una decisión. En marcha hacia la España novísima contra la España caduca.

II

El ambiente.

DESDE el primer momento inspiró un vivísimo interés la actitud de La Cierva. Dato había formado Ministerio; para formarlo había consultado a casi todos los ex ministros conservadores. No había sido visitado La Cierva. No formaban los amigos de La Cierva en el Gobierno. No figuraban los amigos de La Cierva en los altos cargos. ¿Cuál iba a ser la actitud de La Cierva? ¿Qué pensaba La Cierva? ¿Qué rumbo emprendería? Se nos interrogaba a sus amigos íntimos; se hacían cábalas, suposiciones; se tejían las más diversas fantásticas hipótesis; se preguntaba al mismo interesado. Llegaban a su casa los informadores de los periódicos; La Cierva los recibía amablemente; ponía en el escuchar un gesto de atención —que en él, tan agudo, tan cauto, es un gesto real, y, no como en otros, aparente y de superficial cortesía—; luego sonreía; luego pronunciaba unas parcas, breves, terminantes palabras. «Estoy dispuesto al sacrificio de mi persona. Con el Rey y por

el partido conservador». Nada más; pero en la prensa, en los corrillos del Congreso, en las tertulias, en la calle, en los cafés, la interrogación continuaba. Los periódicos —de uno y otro matiz— proseguían levantando cada uno su horóscopo. «La Cierva hará tal cosa». «Pues La Cierva hará tal otra».

En el entretanto don Juan de La Cierva, sentado en su estudio, recibiendo gente, despachando asuntos de su profesión, estudiando desde el alba hasta media noche, permanecía inalterable. La marejada continuaba en agitación constante por fuera. A un político —como a un hombre de letras— llegan toda clase de rumores; rumores adversos, rumores desfavorables. Un político experto y avisado debe saberlo todo. (¡Políticos: no os cerréis a la comunicación con el mundo exterior!) Alguna vez, entre la muchedumbre y algarabía de noticias, glosas y comentarios, llegan malignas, pérfidas referencias. La dignidad y la serenidad del político se veían comprometidas en tales trances; la situación era difícil, violentísima. Un hombre vulgar hubiera saltado por todo, lo hubiera arrollado todo; en los periódicos, en un discurso, en una conversación particular —que luego

se esparce a los cuatro vientos— hubiera dado expansión libre y amplia a sus sentimientos de indignación. La Cierva proseguía impassible. ¿Había alguna señal que revelara su contrariedad interior? Nada. Muchos de estos días críticos íbamos a verle; con la misma serenidad de siempre hablábamos. Allí, en su despacho, frente al parterre con sus arriates de boj, teniendo en la lejanía el panorama de la Mancha—tan hondamente español—, parecía que estábamos a mil leguas de España, y de sus tráfigos, y de sus políticos, y de los enredijos y trapacerías de su política...

Ya se sabe positivamente que La Cierva va a hablar. La noticia es segura. Se dudaba antes; lo afirmaban unos, negábanlo otros. Ahora ya no cabe ninguna duda. Va a hacer un discurso en el Congreso La Cierva. Pero ¿qué va a decir? ¿Hacia qué lado se va a inclinar? ¿Cuál va a ser su actitud solemne, terminante, definitiva? Giran ahora todas las conversaciones sobre el futuro, el próximo discurso de La Cierva; se dan toda clase de textos hipotéticos; los perió-

dicos —de uno y otro matiz— aseguran las cosas más contrarias. La Cierva ha decidido hablar; lo decidió desde el primer momento; lo decidió desde el día mismo de la crisis. ¿Cuándo hablará? ¿Cuál será el momento que elija en el debate parlamentario para hacer sus manifestaciones? Comentaristas, informadores, gente volandera del Salón de Conferencias, expone cada uno su criterio; cada cual determina —según el pensamiento de La Cierva— el día y el momento en que el orador ha de intervenir en el debate. Y todos —y en esto aciertan— reconocen que la empresa de La Cierva es delicada, difícilísima. Pocas veces se habrá puesto a prueba tan decisiva la experiencia, el tacto, el sentido político y el patriotismo de un parlamentario como en esta ocasión. A la expectación pública se añade esta nota dramática. La deliberación parlamentaria, cuando es viva, sincera, apasionada, reviste todos los aspectos de un combate. Nada hay más patético ni de una mayor atracción psicológica. «Este hombre que va a levantarse ahora, que va ahora a hablar —pensamos—, lleva en las palabras que va a pronunciar su fracaso ruidoso y definitivo, o el éxito más brillante de su vida política. El paso

para él en estos momentos está erizado de formidables peligros. Un matiz de duda, una falta de intuición, una ofuscación, un desfallecimiento, nada más que un pormenor, nada más que una frase, y este hombre, aquí, a plena luz, ante ochocientas personas que tenemos sobre él clavada la vista, este hombre puede quedar en ridículo, fracasado. Y todo esto en diez minutos, en un cuarto de hora, en media hora». ¿Comprendéis la atracción enorme, intensa, emocionante de un momento político como este en que La Cierva iba a actuar?

Pocas veces se había movido un parlamentario en un tal ambiente de dificultad. Todo el mundo político lo sabía; todos los profesionales del Parlamento, los experimentados en la lucha parlamentaria, tenían fija la atención en este caso. La Cierva, objeto de la curiosidad de todos, proseguía imperturbable. No hay nadie que domine mejor sus nervios. Ni una palabra salía de sus labios que cayera más allá de la norma que se había trazado. La Cierva encierra una inagotable energía en un gesto y una palabra impasibles. «Hago lo que quiero de mí mismo —dice él—. Puedo dormir, pase lo que pase, en el momento que quiera y durante el

tiempo que quiera». Su intervención en el debate estaba decidida; él mismo, y no los comentaristas, había de elegir el momento de su intervención.

En el Congreso. Las cuatro de la tarde. Llenos los pasillos, los escritorios, el Salón de Conferencias. Ambiente velado por el humo de los cigarros. Idas y venidas, gritos, ruido de timbres. Se anunciaba ayer que La Cierva hablaría hoy; se afirma que otros oradores que han de intervenir en el debate no darán tiempo a que hable La Cierva. Ha de haber varias extensas rectificaciones. ¿Tendrá espacio para hablar nuestro amigo? Los amigos de La Cierva estamos impacientes; el público que concurre a la Cámara popular espera con vivísimo interés el momento en que hable La Cierva. ¿Habrá tiempo esta tarde? Ya la ansiedad, la expectación, la impaciencia de todos, amigos, indiferentes y adversarios, hacen que de esta tarde no se pueda pasar. Pero, ¿habrá tiempo para el discurso? Han de hablar Burell, el ministro de Hacienda... Sus discursos serán ex-

tensos; pasará el tiempo; la Cámara se sentirá luego fatigada. ¿Cómo hablar en estas condiciones? ¿Cómo en estas condiciones hacer un discurso importante, transcendental para la política?

Los grandes parlamentarios no hablan a todas horas; no caigáis en el error de creerlo así. Un gran orador que haya de hacer un discurso solemne necesita toda la tarde para él y todo el público para él. Un gran orador no hará —hablamos refiriéndonos a España— un discurso a última hora de la tarde y cuando ya el auditorio ha escuchado a otros notables oradores. Un gran orador necesita toda la tarde para él..., y toda la prensa del día siguiente sólo para él, sin tener que compartirla con otro gran parlamentario. ¿Hablará La Cierva hoy después de los discursos de Burell y de Bugallal? «Yo hablo en cualquier momento —ha dicho el propio La Cierva, interrogado—; lo mismo me da que sea una hora que otra, ni que haya mucho o poco público. Hablaré hoy, y hablaré aunque sea a las diez de la noche».

Ya está decidido el momento: en cualquiera; sea la hora que sea; haya o no público en los escaños y en las tribunas. La noticia corre por

todo el Congreso. Se acerca el instante ansiado; entre los amigos de La Cierva la nerviosidad es visible. Avanza la tarde; avanza la sesión. La Cierva está desde primera hora en su escaño. Va palideciendo la claridad diurna en el alto ventanal. Se encienden las luces. Ha hablado Burell; ha hablado el ministro de Hacienda; ha de volver a hablar Burell. ¡Instantes de aguda impaciencia, de nervioso desasosiego en los amigos de La Cierva! ¿Habrà tiempo para el ansiado discurso? No; tal vez no... Pero Burell renuncia a rectificar y cede la palabra a La Cierva. «El señor Cierva tiene la palabra», pronuncia el presidente de la Cámara. Y La Cierva se levanta en su escaño...

III

Los comentarios.

DON Juan de La Cierva se ha puesto de pie en su escaño. Momento de un hondo interés. Todo está repleto de público: los rojos escaños, las tribunas, los espacios que hay ante las puertas del salón, la escalerilla de la tribuna de secretarios. Todos se disponen a escuchar sin perder ni un matiz, ni una palabra, ni una inflexión de voz. Las luces acaban de encenderse. En estos instantes de la tarde, con el calor natural de la temperatura de primavera y el producido por la aglomeración de los cuerpos humanos, del vaho humano, del humacho de los cigarros; en estos instantes de ansiedad, de nerviosidad, de exasperación, de tensión mental, se produce en toda la asamblea, en todo público —de teatro o de Parlamento—, un hecho curioso: las caras humanas se transforman; se desfiguran; no son las mismas caras de las otras horas del día; hay en ellas algo como de descomposición que no ve-

mos en otros instantes de la jornada. Todo el nerviosismo interior, y toda la ansiedad, y toda la fatiga, parece que irradian por la faz y dan a los rasgos de la fisonomía un aspecto extraño, inquietante, casi extrahumano... Ha llegado el momento ansiado; todas las miradas se dirigen hacia La Cierva; todas las caras están vueltas hacia él. Hay bustos que se inclinan en el reborde de las tribunas; hay caras que apoyan la barbilla —con las manos a cada lado— todo a lo largo del pasamanos de las barandillas que cierran los escaños. Se hace un profundo, denso silencio: La Cierva comienza a hablar con voz serena, incisiva.

En nuestro Parlamento (y suponemos que en todos los Parlamentos) existe una valoración especial de los vocablos y de los matices y transiciones de los vocablos. La tabla léxica del Congreso no es la misma tabla léxica de las conversaciones particulares. Es decir, entendámonos: en el Congreso se usan las mismas palabras que fuera de la Cámara; pero en el Congreso, en la discusión parlamentaria, en

las controversias, tienen un valor que fuera, en la calle, no tienen.

Toda la experiencia de un siglo de parlamentarismo, toda la obra de la socialización humana (que produce las *maneras* y el eufemismo urbano) han colaborado aquí, en el breve espacio de estos cuatro muros del Salón de Sesiones, para hacer que las cosas más terribles, las más decisivas para un hombre, las más amargas, sean expresadas en forma que, a la vez que las hagan eficaces, no presenten un espectáculo de barbarie, de crueldad, de grosería, o, simplemente, de incorrección. Atacar a un hombre brutalmente no se puede hacer aquí; formular una acusación escueta de algo condenado en los Códigos, no se puede tampoco hacer. Y, sin embargo, la lucha viva, apasionada, pone a los combatientes en trances análogos a éstos; es preciso —frecuentemente— un ataque decisivo; se hace necesaria —a menudo— una acusación terminante. Todo esto, sin embargo, se realiza. Y todo esto, para el público de las tribunas, para el público de fuera de la casa, pasa casi inadvertido muchas veces. El secreto consiste en que en el lenguaje parlamentario se ha llegado a una tácita valoración de vocablos y de

inflexiones de voz —y de silencios, de omisiones— que supone a su vez una sensibilidad especial: una sensibilidad en el que ataca y en el atacado, que les hace —*instantáneamente*— recoger esos mismos matices, esas mismas gradaciones casi imperceptibles, esos mismos silencios, esas mismas omisiones que un espectador vulgar, profano, no percibe de pronto o percibe tarde. «¿Qué ha querido decir este orador —se pregunta el auditorio indiferente— con tal calificativo, con tal adjetivo? ¿Por qué no ha hablado de tal cosa, de la cual parecía natural que hablase?» Pero que el espectador haga estas observaciones ya es algo; lo corriente es que, sobre pasajes verdaderamente importantes de un discurso, pase con una completa inadvertencia. Lo corriente es que los adjetivos elogiosos, de extremada cortesía, prodigados al adversario, le extravíen y le hagan creer en la inocuidad del discurso. Lo corriente es que un pasaje de benevolencia exagerada —y superficial— le oculten otro fragmento de la oración parlamentaria, donde se halla lo verdaderamente grave y lo que ha movido —*únicamente*— al orador a levantarse. Lo corriente es, en fin, que el auditorio profano no vea toda la

trascendencia, toda la intención, a veces toda la perfidia de un silencio o de una omisión... que parece un inocente olvido.

¿Comprende el lector las dificultades que hay para poder juzgar *inmediatamente* sobre el verdadero alcance de un discurso parlamentario? Se necesita, para formar un juicio exacto, estar dentro del ambiente de la valoración parlamentaria, primero; luego, tener un ingenio vivo, una intuición rápida de las cosas. Cuando un gran discurso acaba de ser pronunciado en la Cámara popular se produce el mismo fenómeno de siempre: el fenómeno que se va produciendo a la terminación de cada acto en el estreno de una obra dramática. Fenómeno de desconcierto, de desorientación. Se refugia todo el público en los pasillos y en el Salón de Conferencias. Se grita, se discute violentamente, se gesticula. Pasan, van, vienen, tornan, giran los periodistas recogiendo opiniones. Las cosas más absurdas, más ilógicas, más incongruentes, vuelan de corrillo en corrillo. La desorientación puede durar un tiempo más o menos

largo. Poco a poco, uno de los raros parlamentarios o periodistas que han sabido escuchar bien va poniendo en claro y haciendo resaltar a su verdadera luz el sentido y la orientación del discurso que se discute. Entonces se cae en la cuenta de muchas cosas que habían pasado inadvertidas. La *versión exacta* comienza a dominar y a circular por los pasillos, de uno en otro comentarista. Principia entonces la unanimidad en la interpretación del discurso... hasta que en la Prensa de la noche y en la del día siguiente la pasión, el interés, las circunstancias, las conveniencias políticas hacen que ya, para el público ajeno al Parlamento, para el público de provincias, se ofrezca el espectáculo de las más absurdas e irracionales interpretaciones del pensamiento del orador.

La Cierva ha terminado su discurso. Periodistas y parlamentarios invaden las dependencias de la Cámara. Se discute, se grita. Se elogia el arte admirable del orador. La Cierva ha salido triunfante de la durísima prueba de esta tarde. Pocas veces habrá sido un orador tan

dueño de su palabra y de los matices de su palabra como La Cierva en la ocasión presente. Quien como ahora nuestro amigo se ha mostrado tan dueño de sí mismo y de su verbo, bien puede decirse que es un gran parlamentario. Se elogia sin tasa el discurso de La Cierva en los grupos de los pasillos, y comienza a verse su trascendencia. «Es la obra de un hombre que tiene personalidad propia», se dice. «Es obra —se añade— de un gran sentido político y de un hondo patriotismo...»

IV

Valoración previa.

I

COMENTEMOS, por nuestra cuenta, el discurso de La Cierva; pero hagamos, antes de comenzar, unas afirmaciones esenciales; es indispensable que las hagamos. Al comentar un discurso que hace relación a la política española, forzosamente habremos de exponer nuestro criterio sobre España. Un político, un sociólogo, un observador, para tener *completo* conocimiento de lo que es la España de hoy, necesitará saber lo que fué la España de ayer. ¿Cuál es nuestro presente? ¿Cuál es nuestro pasado? Varía grandemente la apreciación del problema actual, según el concepto que tengamos del pasado. El pasado es un punto ideal en que apoyarse. Hombres de todos los partidos hacen en su concepción de la política un apoyo del pasado. Con el problema presente se enlaza la idea que tengamos de la Historia nacional. *Esplendor* y *decadencia* son términos que frecuentemente

se usan al hablar de la situación actual de España con relación a su evolución pasada; multitud de pequeños problemas de Historia y de psicología colectiva suscitan y originan esos dos vocablos citados. *¿Cómo* ha sido nuestro esplendor? *¿Cuándo* ha comenzado nuestra decadencia? *¿Cuáles* han sido las causas de nuestra decadencia?

Teorías sobre nuestra decadencia. Teorías de dos órdenes diversos: materialistas, unos; intelectualistas, otros. Han sostenido la teoría materialista diversos y escogidos ingenios; a causas materiales atribuyen la decadencia de España, entre otros, Cadalso, Jovellanos, Cabañero. Causas materiales son: las guerras, la conquista de América (que dejó desamparadas la agricultura y la industria), la expulsión de los moriscos. Ha sostenido la teoría intelectualista, en 1836, Mariano José de Larra.

Debemos detenernos en este punto; sobre las ideas de Larra —que hacemos completamente nuestras, y con ello damos nuestra opinión sobre el problema—; sobre las ideas de Larra ha de girar todo este capítulo. Ya hemos

señalado la fecha —1836— en que Larra formula su teoría; el tiempo en que *Figaro* la imagina es significativo; Larra se adelanta en esto, como en otras muchas cosas, a sus compatriotas. El artículo en que Larra expone sus ideas a este respecto es el titulado: *Literatura: rápida ojeada sobre la historia e índole de la nuestra*. Hemos dicho ya en otra parte, y lo repetiremos, que juzgamos ésta una de las páginas fundamentales de Larra para el conocimiento de su ideología. Para Larra, el origen de la decadencia española estriba en no haberse incorporado España al movimiento intelectual que se produjo en Europa con ocasión de la Reforma. Siendo los valores literarios un índice de la sensibilidad general —civilización—, por ellos se ha de ver el carácter y las particularidades de un pueblo a lo largo del tiempo. ¿Cómo son nuestros clásicos? ¿Cuál es la característica de nuestra literatura clásica?

Para Larra, nuestra literatura, aun en la época de su esplendor, había tenido un carácter particularista, cerrado, limitado, localista. O había de abandonar este carácter y abrirse a a los aires del mundo, o había de perecer. Es decir, y antes de pasar adelante: que Larra

afirma que aun nuestros valores clásicos, de la época esplendorosa, que aun los valores clásicos castellanos más selectos, adolecen de falta de universalidad y de humanidad. (En el mismo artículo habla Larra, como en tono de excepción, del *Quijote*, obra universal y humana.) «Si pensamos —escribe *Fígaro*— que, aun en la época de su apogeo, nuestra literatura había tenido un carácter particular, el cual, o había de variar con la marcha de los tiempos, o había de ser su propia muerte, si no quería transigir con las innovaciones y el espíritu filosófico que comenzaba a despuntar en el horizonte de Europa». (El autor acababa de decir que no pensaba, «con los extranjeros», que al acabar nuestro Siglo de Oro había acabado nuestra afición a las letras. De ahí la afirmación rotunda de ahora: *Si pensamos...*) Según lo copiado, tenemos que, para Larra, nuestro esplendor, el máximo, el radiante, ha tenido, a pesar de todo, y al menos en literatura, un carácter cerrado, limitado y particularista. Al menos en literatura. Pero la literatura, ¿no es un índice de la sensibilidad general?

¿En qué consistió nuestro apogeo? ¿Cuánto tiempo duró? Sobre el momento en que co-

mienza nuestra decadencia se han sustentado diversas opiniones; respecto al comienzo del apogeo, no puede ser otro que el reinado de los Reyes Católicos. Mas, ¿y el principio de la decadencia? Modernamente, Costa y Salmerón, entre otros, han hecho afirmaciones distintas. Creemos recordar que Salmerón hacía arrancar la decadencia de los mismos Isabel y Fernando. ¿No se opuso a esta opinión Costa, afirmando que la iniciación de la decadencia fué posterior? No tenemos a mano los textos; lo que sí recordamos es que el aserto de Salmerón causó sorpresa y escándalo. Sin embargo, los hechos lo corroboran. Sin embargo, antes, mucho antes, Jovellanos había sido de una opinión *parecida*, casi análoga. Jovellanos, en su *Informe sobre la ley agraria*, expone una teoría sobre la decadencia de España, y, hablando del esplendor, dice —lo recordamos bien— que duró lo que un *relámpago*. ¡Un relámpago toda la gloria histórica de España! Pero —repetimos la pregunta—, ¿cómo fué España durante ese brevísimo lapso de tiempo?

Un hombre que, puesto el pensamiento en el estado presente de su Patria, haga referencia a un pasado esplendoroso de su Patria como un ideal deseable, no será un espíritu moderno y progresivo. La Humanidad está en perpetua marcha, en perpetua elaboración. Cada siglo —a despecho de retrocesos parciales y ruidosos—, la sensibilidad general logra un avance. Si consideramos, ante nosotros, lo que hemos de avanzar, reconoceremos implícitamente que hace dos, tres, cuatro siglos —*a pesar de todos los brillantes esplendores*—, nuestro ideal estaba más incompleto que ahora y que lo estará mañana. Aun siendo lo que es la situación de España en el mundo, ¿cómo pudiéramos volver los ojos hacia la España del siglo xvii? Ni ¿de qué manera hablar, como ideal, de cualquier país en cualquier momento del tiempo pasado, de los siglos pretéritos? No podemos hablar de *país constituido*, de *nación constituida*, de *sociedad constituida*, cuando el ideal humano, la justicia social, el derecho, están en marcha; cuando al ideal, a la justicia y al derecho les quedan tanto y tanto camino por hacer. Pero dentro de la relatividad de las cosas caben gradaciones.

Y, respecto a España, cabe apreciar cómo ha sido en su pasado histórico y hasta adónde ha llegado —relativamente— en su organización y sistematización social.

II

Una de las ideas fundamentales en Larra —acaso la más esencial de todas— es la de la confusión, desorden e incoherencia de la vida española. Larra en España, en el concepto *España*, nota falta de lógica, de claridad, de orden, de método, de rapidez y de exactitud. Casi —como hemos visto— no admite Larra en la Historia de España un pasado de esplendor. Decimos *casi*, porque si en su teoría de la decadencia de España va implícito un período de apogeo, aunque, como en Jovellanos, breve, fugacísimo, en cambio, en otros muchos pasajes de su obra no ve tradición gloriosa en España y funda uno de los remedios a nuestros males precisamente en el olvido del pasado. En resumen: podemos interpretar fielmente el pensamiento de *Fígaro* diciendo que, para el gran

humorista, España no ha estado nunca constituida. Otros pueblos, más lógicos y coherentes, han ido, desde siglos pretéritos, echando poco a poco las bases a una organización de progreso y de método; en España, desordenada siempre, incoherente siempre, todo está por hacer.

Sigamos el pensamiento de Larra cronológicamente. Larra, muerto a los veintisiete años, realiza su obra en un breve espacio de tiempo. En los años 34, 35 y 36 es cuando el pensador da lo más recio de su ideología. Marquemos las fechas: 18 de febrero de 1834. En la *Revista Española*, Larra publica su artículo *Los tres no son mas que dos y el que no es nada vale por tres*; se trata de una fantasía alegórica. En un baile de máscaras se agitan y confunden algunas figuras vestidas extrañamente. Son los partidos políticos españoles. Reina una gran confusión en esta mascarada. El espectador no sabe cómo definir estos fantoches, ni logra ver en ellos un significado claro. Lo positivo es que todo anda trastrocado y revuelto. Uno de los personajes —dice Larra— «de medio cuerpo arriba venía vestido a la antigua española; de medio cuerpo abajo, a la francesa, y en él

no era disfraz, sino su traje propio y natural». (Incoherencia en la importación y adopción de leyes y reformas forasteras, que aplicamos, sin plan, sobre lo nativo de España.) El artículo de Larra, como todo lo alegórico, se presta a diversas interpretaciones; pero, al final, se ve claro y responde a otros textos del autor. La muchedumbre, que ha estado toda la noche presenciando la mascarada, premia con un aplauso ruidoso el discurso de uno de los personajes. La tal alocución, «traducida al lenguaje inteligible, quería decir a unos: *Ya es tarde*, y a otros: *Es temprano todavía*». Tarde, ¿para qué? Temprano, ¿para qué? Tarde, en la sociedad española, para insistir en ciertas modalidades políticas ya imposibles en todos los pueblos cultos; temprano, para implantar, en la sociedad española, otras reformas e instituciones en marcha ya en esos mismos pueblos progresivos. Entonces... Entonces, ¿qué hacer? Esta es la idea fundamental en Larra: la idea de confusión; la idea de que España se halla en un momento crítico, especialísimo, de su vivir. *No ha muerto y no ha nacido*. No acaba de morir la España vieja y apenas si despunta la nueva.

El mismo año de 1834. En 1.º de noviembre. Artículo de *El Observador*. Título: *¿Entre qué gentes estamos?* Uno de los artículos de Larra más tópicos. Nadie sabe nada en España. «Nadie sabe aquí ocupar su puesto». Se pregunta; se corre de una parte a otra; se trata de ver a la gente; quiere uno hacer algo. Todo inútil. Nadie sabe nada de nada. A nadie le preocupa nada de nada.

«Vaya usted a una tienda a pedir algo.

—¿Tiene usted tal cosa?

—No, señor; aquí no hay.

—Y ¿sabe usted dónde la encontraría?

—¡Tomal ¡qué sé yo! Búsquela usted. Aquí no hay».

(¿Y los comerciantes, querido Larra, que se sienten contrariados porque alguien entre en su tienda a comprar, porque han de molestar-se platicando, discutiendo, buscando y sacando cosas? ¿Y el comerciante que no sabe si tiene o no una cosa en su tienda? Más aún: el comerciante que afirma que en su tienda no hay un género, que, en efecto, sí hay...)

En una oficina... «—¿Se puede ver al señor de Tal?, dice usted en una oficina. Y aquí es peor, pues ni siquiera contestan no. ¿Ha entra-

do usted? Como si hubiera entrado un perro. ¿Va usted a ver un establecimiento público? Vea usted qué caras, qué voz, qué expresiones, qué respuestas, qué grosería».

El autor, que ha ido por Madrid acompañando a un extranjero, hace observar a éste que tales anomalías de la vida española proceden de un estado de debilidad nacional. Debilidad de niñez, no de senectud. El estado de España «no es el de una sociedad que acaba: es el de una sociedad que empieza». Y añade Larra: «Porque yo llamo empezar...» El extranjero comenta: «¡Oh, sí, sí! Entiendo. *C'est drole! C'est drole!*»

1835. Artículo inédito. Artículo que Larra publica por primera vez en la colección de sus obras. *Revista del año 1834*. En ella hace Larra un examen de todos los valores de la sociedad española. Larra, ni en literatura, ni en arte, ni en ciencias, ni en política, ve en España nada, o casi nada. El año 35 será probablemente como el pasado 34. Inopía, pobreza, esterilidad en España. No ha visto Larra *casi nada*; pero, en fin, algo ha visto. «La corriente de la

libertad, sin verse expedita aún, halló rendijas y aberturas por donde penetrar e ir poco a poco fertilizando los campos». Declaración terminante del año 1834, que es quien habla aquí en figura de un viejo: «Encontré a España empezando a despertar de un sueño como el de Eudimión». Luego, España ha estado dormida muchos, muchos años...

1836, 23 junio. De esta fecha es el primero de los dos artículos dedicados por Larra al drama *Antony*, de Dumas. Son éstas otras de las páginas fundamentales en la ideología de Larra. «España no es una nación compacta, impulsada de un mismo movimiento». España es «un campo de batalla donde se chocan los elementos diversos que han de constituir una sociedad». Larra ve España compuesta de los siguientes elementos: 1.º, el pueblo: «multitud indiferente»; masa «embrutecida y muerta por mucho tiempo para la Patria»; no tiene estímulos, a causa de la esclavización de muchos siglos; 2.º, la clase media: «se ilustra lentamente»; «comienza a conocer que ha estado y que está mal»; «quiere reformas porque cambiando sólo puede ganar»; 3.º, la aristocracia: «criada o deslumbrada en el extranjero; «se

cree ella sola la España»; «se asombra a cada paso de verse sola cien varas delante de las demás». (Un poco sujeto a precisiones y rectificaciones todo esto que Larra dice. Necesitaríamos hoy añadir algo más, o quitar tal o cual rasgo de lo copiado.)

Lo fundamental en estos artículos dedicados a *Antony* es el problema que Larra se plantea ante este género de literatura, tan moderna, tan diversa de todo lo nuestro. Toda una nueva moral implica tal concepción literaria. ¿Qué hacer? Una asimilación franca, repentina, de esta ideología, ¿podrá realizarse en España? ¿Qué efectos causaría? Y aquí precisamente está el problema: en que somos un pueblo parado y en que necesitamos caminar; pero en que, dada la situación especial en que nos encontramos, después de un reposo de tantos siglos, la asimilación brusca de la ideología moderna podría ser para nosotros violenta y aun nociva. «Y, sin embargo, es fuerza andar», escribe Larra.

Y éste —no lo olvidéis— es el íntimo, desgarrador, profundo conflicto de Larra.

Esta idea del «salto» que ha de dar España al incorporarse a la vida moderna la ha expuesto Larra, en su célebre artículo *Literatura*, al hablar del siglo XVIII. Entonces también España tuvo que «saltar el vacío, en vez de llenarle y agregarse al movimiento del pueblo vecino». *Saltar*, porque no hemos tenido pasado. *Saltar*, porque hemos estado parados durante mucho tiempo. En «el olvido completo de nuestras costumbres antiguas» ve Larra, entre otras cosas, el medio para variar «nuestro obscuro carácter» (*Jardines públicos*, artículo de 1834). Y en el primero de los artículos consagrados a *Antony* pregunta: «Pero, y nosotros, ¿hemos tenido pasado? ¿Tenemos presente?»

El discurso.

DAMOS a continuación el texto íntegro del discurso de La Cierva. Los anteriores capítulos son como preliminares del discurso. Los que van tras él continúan la numeración de los primeros. El discurso fué pronunciado en la sesión del 10 de junio de 1914. Tomamos el texto del *Extracto de las Sesiones*, donde ocupa las páginas 24 a 30.

El Sr. BURELL: Señor Presidente: el Sr. Cierva tiene atenciones profesionales inaplazables, y por una deferencia que la Cámara se explicará y un acto de consideración y de compañerismo al Sr. Cierva, yo, desde luego, renunció a hacer uso de la palabra en este instante, reservándome para inmediatamente después del Sr. Cierva; porque yo tengo mucho gusto en contender, en replicar y en rectificar a una persona a quien tanto quiero como al señor ministro de Hacienda, pero que está tan equivocada en todo lo que ha sostenido.

El señor PRESIDENTE: El Sr. Cierva tiene la palabra.

El Sr. CIERVA: Agradezco mucho a mi querido amigo el Sr. Burell la atención que ha tenido, a instancias mías, en efecto, porque no tengo seguridad de poder intervenir en el debate en el día próximo, y era ya hora, señores, me parece, de que yo molestara vuestra atención. Por el desarrollo anterior del debate, era inexcusable esa intervención; después de lo que en la tarde de hoy ha dicho el Sr. Burell, no puedo ya aplazarla. Verdad es que allá en el fondo de mi espíritu estaría deseoso de no hablar, de no tener necesidad de hablar, y poder continuar en la misma actitud de silencio en que he permanecido, no ya desde octubre del año anterior, sino desde muchos meses antes. Pero, en fin, ha llegado esta, a mi juicio, hora ingrata y grave, yo lo reconozco, para mí sobre todo, porque tengo la conciencia de la responsabilidad que puedo adquirir por lo que diga y por lo que haga, y estoy dispuesto a cumplir con mi obligación y a hablar con toda lealtad ante la Cámara, a proceder con gran sinceridad, confesándome ante ella como otros ilustres oradores han dicho, y habréis de perdonarme que hable yo esta tarde bastante de mi modesta persona.

Al fin y al cabo, el debate toma tales giros que los sucesos políticos exigen que cada cual fije su actitud. Yo, representando muy poco en la política española,

tengo necesidad, y he sido para ello requerido, de decir dónde estoy, qué hago y qué me propongo hacer.

Todos recordaréis cómo, a partir del mes de octubre de 1909, cuando el partido conservador pasó a la oposición, cayeron sobre mí, principalmente, grandes ataques, muchas execraciones; todo ello originó que durante los dos primeros años que se siguieron a aquella crisis yo tuviera necesidad de intervenir en los debates que se promovieron en esta Cámara, para defenderme.

Allí se sentaba un Gabinete liberal que asistía al duelo entablado entre las más radicales izquierdas y singularmente yo. Es cierto lo que mi ilustre jefe, señor Maura, decía en tardes anteriores: que se habían concentrado los ataques principalmente sobre el señor Maura y sobre mí. En una interrupción tuve yo buen cuidado de decir al Sr. Salvatella, cuando recordaba al Sr. Maura, tal vez haciendo examen de conciencia, que advirtiera cómo la mayor parte de sus sinsabores y disgustos y la mayor parte de los ataques que se le dirigían procedían de los actos que yo realicé, tuve buen cuidado, repito, de decir en una sola frase que era cierto. Y ahora tengo que recordar que entre las muchas cosas que seguramente podrán reprocharme en mi vida pública, nadie podrá acusarme de que yo haya rehuído responsabilidades. Yo no he ocultado jamás mis actos, ni he cubierto mi pecho

con la responsabilidad de nadie. Tal vez en la historia de los sucesos, que ya van siendo históricos, pero que uno y otro día se recuerdan, podría yo decir con orgullo que procuré siempre atraer sobre mí todo aquello que realmente me correspondía, y que no tuve un momento de vacilación para buscar en alguien más la solidaridad con mis actos. (*Muy bien.*)

Pues bien, señores: fuí yo adquiriendo el convencimiento, a medida que pasaba el tiempo y se repetían los ataques en el Parlamento y fuera del Parlamento, de que yo había tenido la suerte o la desgracia de ser, en efecto, tachado como un hombre que, por su conducta, por sus actos, había traído una positiva perturbación a la vida política española. Yo no he creído nunca que carezca de defectos; tengo conciencia de muchos de ellos, y cuando a mí me han imputado algunos, no he rechazado la imputación, desde luego; más bien me he inclinado a creer que pudieran tener razón; y aquello que tantas veces se me dijo, en una o en otra forma, de que yo era un carácter inflexible y duro, de que yo no había tenido tacto suficiente para atraerme ciertos elementos sociales y políticos, que yo había contribuido por ello a que sucesos gravísimos que se desarrollaron en el verano de 1909 no tuvieran aquel desarrollo dulce y tranquilo que tal vez se habría logrado con mayor flexibilidad, con mayor tacto en el gobernante, en el político que estaba en el Ministerio de

la Gobernación, todo eso fué labrando mi ánimo, señores, y fuí creyendo que, aun teniendo yo la conciencia bien tranquila, y ante Dios lo digo, de que con razón nada grave se me podía a mí imputar, por los actos que realicé entonces, errores, muchos, pero imputaciones de aquellas que pesan sobre la conciencia ninguna, comencé a pensar que yo no debía ser una perturbación en la vida política española.

Y como advirtiera que a pesar de que transcurría el tiempo, sobre el partido conservador, que estaba en la oposición, seguían cayendo los ataques reiterados, y no desarmaban las fuerzas políticas y los elementos que le atacaban, ahí está mi jefe, ahí están amigos míos a quienes yo he dicho repetidas veces que yo no quería formar parte del Gobierno conservador que se formara una vez que cayera el partido liberal del Poder. Eran muy reiteradas esas indicaciones que yo venía haciendo; pero llegó la crisis de fines de 1912, y el Sr. Maura se consideró en el caso de publicar aquella nota que todos conocen, y a que se han referido varios oradores, y de renunciar el acta de diputado. Tuve yo noticia, poco después de presentada esa renuncia, de lo que había hecho el Sr. Maura; y yo, que en la noche anterior, ante varios compañeros míos, había hecho indicaciones al Sr. Maura sobre lo que creía que debía ser su conducta, al notificarme que había renunciado el acta de diputado, como cosa natural, como obliga-

ción elemental mía, dije que en el acto haría lo propio, y presenté la renuncia de mi acta. Fuí yo el único ex ministro del partido conservador que acompañó al Sr. Maura en aquel acto. Creía yo sinceramente, mi propósito era tal, que una vez realizado eso habría de estar bastante tiempo alejado de la vida pública; pero un día, por acuerdo de mis ilustres compañeros los ex ministros de mi partido, se convocó a una asamblea, la del Senado, y se adoptó el acuerdo de dirigir un mensaje al Sr. Maura, y el Sr. Maura se restituyó a la jefatura del partido conservador; yo, a los pocos días después, ya dije al Sr. Maura terminantemente que no formaría parte del Gobierno que se constituyera. ¿Por qué hacía yo esto, además de lo que he dicho? ¿Por qué aquellas indicaciones reiteradas, anteriores al 1.º de enero de 1913, de que no quería formar parte de un Gobierno, se convirtieron en una notificación formal, definitiva, de aquella resolución de no formar parte del Gobierno? Fue, señores, porque entonces advertí que mis compañeros y yo no habíamos pensado igualmente sobre lo que representaba el acto del señor Maura. No discuto esto; refiero hechos nada más, señores, que importan mucho, como veréis.

Advertí eso, y fuí advirtiendo después cómo, en efecto, entre mis amigos se iba arraigando la idea de que no era posible consentir por mucho tiempo que continuara el partido liberal en el Poder, porque pa-

trióticamente entendían que la política que se desarrollaba por aquellos Gobiernos no era beneficiosa para los intereses públicos, y entendían que era absolutamente preciso combatir a aquel Gobierno y entrar cuanto antes en el Poder. Yo, pensando también que no faltaban elementos importantes del partido conservador que entendieran que la situación en que yo me había colocado; que la lucha que yo venía manteniendo con las izquierdas, o que las izquierdas venían sosteniendo conmigo, porque reiteraban sus ataques y sus vetos y reproducían sus amenazas; que la situación igualmente en que yo me encontraba respecto de poderosos elementos de Prensa, con los cuales yo había tenido pública lucha por asuntos políticos, por asuntos profesionales también —estoy hablando con toda sinceridad y no quiero omitir nada—; que todo esto había hecho pensar a varios, quizá a muchos, pude yo temer que fueran muchos, elementos importantes del partido conservador, que era yo un verdadero obstáculo para que el partido conservador sustituyera al Gobierno y entrara a dirigir la política de mi país, yo no quise ser un obstáculo para que eso se realizara; porque yo también entendía que era urgente que el partido conservador sustituyera al partido liberal en el Poder. (*Muy bien.*) Porque yo he dicho muchas veces al Sr. Maura entonces, que todo, absolutamente todo, era preferible a que continuara el partido liberal en el Poder.

(*Muy bien, muy bien.*) Porque yo, en aquellos años de oposición, pretendí combatir muchas veces al Gobierno que se sentaba ahí, e inicié campañas de propaganda, asistí a varios mítines, preparé otros y quise hacer organizaciones vigorosas, poderosas, para que el partido conservador tuviera la fuerza que correspondía en las luchas electorales y tuviera prensa capaz bastante para representar los grandes intereses de las clases conservadoras de mi país y singularmente del partido conservador militante.

Después del atentado de Barcelona contra el señor Maura, transcurrido aquel verano, saben mis compañeros que yo provoqué una reunión, que en ella pedí que se combatiera a aquel Gobierno, porque entendía que no por voluntad de solidarizarse con aquello, sino por una flaqueza que yo condenaba, se habían consentido actos de apología, que se recordaban en tardes anteriores, para el asesino de mi jefe el señor Maura.

Había intentado yo todo esto; había fracasado en todos estos intentos; aquellas campañas que yo inicié, débilmente continuaron, y se apagaron pronto; me fuí convencido, por razones que antes expuse, de que mi sistema, de que lo que yo opinaba sobre la manera de desenvolver la política en la oposición no coincidía enteramente con la opinión que tenían otros compañeros míos. Llegó la hora en que ese estado de mi espíritu se hizo público, en cuanto al

deseo de no formar parte del Gobierno que se constituyera, por manifestación reiterada que yo hice a mi jefe, por manifestación que yo hice a todos mis compañeros, con los cuales conservo y he conservado una estrecha y cariñosísima amistad. Pero, además, estuve yo en Valencia; en el año anterior fuí a Valencia, y unos bondadosos amigos míos me obsequiaron con un banquete y allí dije que yo no quería ser una perturbación en la política española, que yo no quería ser una perturbación entre los partidos monárquicos, que yo ni siquiera quería ser una perturbación en mi partido; que yo lo que anhelaba era la unión, la vigorización de las fuerzas conservadoras, de todas las fuerzas monárquicas; la normalidad de toda la política española, y yo no podía ser manzana de discordia en esa unión y en esa vigorización que anhelaba. Poco después estuve yo en La Coruña y me hallé en caso análogo: otros amigos cariñosos me obsequiaron igualmente, y pronuncié un discurso, y en él repetí esas mismas palabras. De modo, señores, que yo había dicho repetidas veces, y con actos había demostrado que era sincero lo que decía, que yo estaba dispuesto a sacrificar en todos los momentos mi persona para mantener unidas las grandes fuerzas conservadoras, puesto que entendía, como sigo entendiendo, que son el principal sostén del Trono y la garantía de todos los grandes intereses de la Nación española.

El señor PRESIDENTE: Permítame S. S.

Habiendo transcurrido las horas reglamentarias, se va a preguntar a la Cámara si acuerda prorrogar la sesión hasta que termine su discurso el señor Cierva.

Hecha la pregunta por el señor secretario Martínez Acacio, el acuerdo fué afirmativo.

El señor PRESIDENTE: Puede continuar S. S.

El Sr. CIERVA: Así llegamos, señores, a la crisis de octubre, y en esa crisis yo no tuve más intervención que la de contestar a una pregunta que me hiciera mi jefe el Sr. Maura. Y a esa pregunta dije: «Debe usted encargarse del Poder, si ello es posible dentro de sus propósitos y de sus iniciativas. Le he dicho a usted, y le repito, que yo no debo entrar en ese Gobierno, si el partido conservador lo forma; pero no quiero quedarme con el peso en la conciencia de que usted entre en la Cámara regia creyendo que le falta un amigo que pueda entender que en algún puesto, dentro o fuera del Gobierno, le es necesario. Si es así, sólo si es así, si de eso depende que entre el partido conservador en el Poder, cuente conmigo». (*Muy bien, muy bien.*) No tuve más intervención.

Perdonadme, señores, de nuevo, porque estoy hablando tanto de mi persona, y son cosas que interesan muy poco al país (*Denegaciones*); pero hemos de llegar a conclusiones para las cuales son indis-

pensables estos hechos que yo me permito recordar a la Cámara para que queden ahí también consignados.

No volví a ver al Sr. Maura. Salió de Madrid como él ha explicado, y yo no tuve más noticias que la de que no se encargaba de formar Gobierno. Transcurrieron dos días, me parece; se constituyó el Gobierno del Sr. Dato; el Sr. Dato, ni directa ni indirectamente, a mí, ni me vió ni me consultó (*El señor presidente del Consejo de Ministros*: Exacto), ni tenía para qué.

Lo que estoy diciendo y he de decir podrá ser algo amargo. Perdóneseme por la intención, que yo no podría hacer lo que hago si no hablara como estoy hablando.

No sólo fué eso, sino que habiendo dicho un periódico, me parece que *La Epoca*, la misma *Epoca*, que el Sr. Dato se proponía visitarme, en otro periódico se rectificó la noticia y se dijo que el Sr. Dato no había visitado a este modesto diputado. De modo que ese Gobierno se constituyó sin que el Sr. Dato, ni nadie por su encargo, en su representación, ni directa ni indirectamente, me hiciera saber siquiera que al Sr. Dato le habían dado el encargo de formar Gobierno, y el Sr. Dato formó su Gobierno.

Cuando S. S., mi querido amigo, y mi querido amigo el señor ministro de la Gobernación, han dicho en varias ocasiones que, consultadas las principales

personalidades del partido conservador, con excepción de una, todas opinaron que el Sr. Dato debía aceptar el Poder, tenía razón, porque yo no puedo figurar entre las principales personalidades del partido conservador. (*El señor presidente del Consejo de Ministros*: No se presta a esa interpretación.) Pero, perdone S. S.; es esto explicación de por qué yo no he rectificado alguna vez ese aserto; porque si yo me hubiera considerado como persona principal dentro del partido conservador, habría tenido que rectificar, habría tenido que hacer público que yo no fui consultado por S. S. (*El señor presidente del Consejo de Ministros*: No. Dije que había consultado a muchas de las más importantes; pero no dije que a todas, porque no había consultado a S. S. ni a otros respetabilísimos ex ministros que también tienen gran importancia dentro de la agrupación.) Lo que a mí me interesa, Sr. Dato, es hacer constar que entonces yo no tuve intervención, absolutamente ninguna, en la resolución de la crisis (*El señor presidente del Consejo de Ministros*: Eso es exactísimo); que yo no he tenido el honor de conferenciar con SS. SS. hasta, me parece, cuatro meses después, próximamente, de constituirse el Gobierno (*El señor presidente del Consejo de Ministros*: Exacto); que tuve el honor de conferenciar algunas veces con algunos señores ministros que honraron mi casa, respondiendo a una tarjeta que yo les dejé. Nimiedades

son todas, pero para mí absolutamente necesarias, por lo que luego he de decir.

Y adelantaré, ya que lo que más me interesa es que conste cuáles han sido las relaciones que yo he mantenido con ese Gobierno, que han consistido en una cordialidad personal, que agradezco muchísimo, pero en ninguna participación ni directa ni indirecta en funciones de Gobierno. Yo nada significo; deseo, señores, que se entienda bien el sentido que doy a mis palabras, que no parezcan un reproche para el Sr. Dato ni para los dignos señores ministros. No es eso; es que yo necesito dejar bien establecido, como un hecho, que el Gobierno de S. M. no me ha consultado sobre ningún asunto de Gobierno, sobre ningún asunto político, sobre la marcha política que ese Gobierno pensaba desarrollar o desarrollaba. Supongo que no podrá negarlo ninguno de los señores ministros. (*El señor presidente del Consejo de Ministros*: Al contrario.) Yo le tengo que agradecer al Gobierno de S. M., en funciones de tal Gobierno y como hombre político perteneciente al partido conservador, que en aquel rincón hermoso donde nací, en aquella provincia de Murcia, donde yo vengo dirigiendo las grandes fuerzas conservadoras que se formaron al calor de Cánovas del Castillo y donde éste buscó asilo durante más de veinte años, el Gobierno de S. M. no me ha puesto obstáculo alguno al desenvolvimiento electoral de esas fuerzas conser-

vadoras; pero fuera de eso, fuera de aquel respeto a esas fuerzas conservadoras (y sabe el señor ministro de la Gobernación que, aun en eso, he tenido grandes miramientos al hablar con S. S.), fuera de eso, yo tengo que decir que, dentro de aquella relación normal y ordinaria que existe entre los hombres políticos que ayudan a una situación, que ayudan a un Gobierno; dentro de las costumbres políticas de nuestro país, yo no me he considerado, ni lo he pedido tampoco, como un correligionario que estaba decidido a ayudar resueltamente a ese Gobierno y que pedía las compensaciones naturales. Eso, no. Todos los que conocen las costumbres políticas de nuestro país podrán comprobar cómo en aquellos signos externos de colaboración política, la modesta personalidad que yo represento no se manifiesta. Esas recomendaciones naturales de gobernadores civiles, de senadores vitalicios, de altos cargos, que hacen los hombres políticos que tienen algunos amigos, esas no habrán llegado de mi parte al Gobierno. Esto me sirve a mí ahora para hablar de lo que yo he hecho, de lo que yo hago y de lo que voy a hacer.

Sin estos antecedentes, ni vosotros, ni el mundo político que fuera de aquí nos está juzgando a todos, podrían ver claramente cuál es mi actitud, y podrían tergiversarse actos que están inspirados, y espero que lo estarán siempre, en un amor a mi Patria, en

un amor a la Monarquía y en un amor inextinguible al partido conservador; podrían interpretarse como actos de un hombre ambicioso, si el realizar todo eso fuera ambición; que no quiero perder posiciones; que prefiero permanecer al lado de un Gobierno, a seguir alejado de él, por aquellos desiertos ya clásicos que los hombres públicos recorren. (*Rumores.*)

No necesito yo recordaros que habiendo entrado en el partido conservador a los veintiún años de edad, no he figurado en ninguna disidencia de las que ha padecido ese partido. Con este criterio que me ha guiado durante todas las vicisitudes de mi vida política, y en relación con las vicisitudes del partido conservador, había yo de determinar cuál fuera mi actitud, una vez producida la crisis de octubre, constituido ese Gobierno, alejado de él el Sr. Maura. Y tenía yo necesidad de vencer grandes dificultades de mi propio espíritu para inspirarme en ese criterio, para seguir pensando como pensaba cuando anunciaba yo, antes de aquella crisis, y aun antes de la de diciembre de 1912, que no quería formar parte del Gobierno que constituyera el partido conservador; una vez realizada la crisis de octubre, tenía yo necesidad de vencer grandes dificultades.

Porque, ¿qué duda tiene, señores ministros y señores diputados, que todo esto que estamos discutiendo durante varias tardes, y que en la de hoy singularmente ha sido objeto de lo que ha dicho el Sr. Burell

y de lo que ha dicho el Sr. Bugallal, mi querido amigo; qué duda cabe que es una realidad en la opinión pública española? ¿Cómo puede separarse la crisis de octubre de todos los antecedentes políticos del partido conservador, en relación con los demás partidos? ¿Cómo habían de creer las gentes, las gentes sobre todo, que quedaba reducido todo el problema a lo que explicaba hoy tan elocuentemente el señor ministro de Hacienda? La percepción de esa discrepancia, que podría ser nimia, aunque grande es toda discrepancia entre el jefe y el resto o una parte considerable del partido; la percepción de esta discrepancia, consistente en que no había llegado, según el Sr. Maura, el momento oportuno de tomar el Poder y las responsabilidades que ello traía, en el mes de octubre anterior, y la opinión contraria de los que luego han formado el Gobierno, eso es un matiz que el gran público no percibe.

Lo que tenía que percibir necesariamente el gran público de la Nación española, y no digo sólo de la Nación española, sino el del Extranjero, es que durante aquellos años de la oposición del partido conservador se habían fulminado constantemente amenazas, vetos, a dos personas: al Sr. Maura y a mí. Eso estaba en el conocimiento de todos; eso constituía una realidad política; estamos hablando aquí con toda sinceridad, y yo he de cumplir la promesa que hice en este sentido al principio de este discurs-

so; eso lo creía todo el mundo. Y cuando sobrevino la crisis de octubre y resultó constituido un Gobierno con la eliminación del Sr. Maura, a este modesto diputado ni se le invitó, ni se le consultó, ni se le buscó, ni se le notificó. Eso, que en otras circunstancias y con esta misma insignificante persona habría pasado absolutamente inadvertido, entonces era la confirmación de que se había ejecutado una operación por virtud de la cual quedaban aquellos vetos cumplidos. (*Rumores.*)

¿Se hizo lo necesario para evitar esa interpretación? Yo tengo el sentimiento de decir que no. Me preguntaréis: ¿es que nos inculpas de que voluntariamente nosotros queríamos que apareciera eso? No. Si yo pudiera pensar que esos hombres que ahí se sientan, mis amigos de siempre, se habían prestado a esa operación, aunque resultara bien notoria y bien clara y se percataran todos los españoles y los extranjeros, que mediatizándonos habían intervenido en nuestra política interior de 1909; si yo hubiera pensado eso o lo pensara en algún momento, yo tengo que deciros cara a cara que no tendríais adversario mayor que yo. ¿Por qué, señores? Porque aquellos debates, porque aquellas imputaciones al Sr. Maura, y singularmente a mí, de lo que yo había hecho, sobre todo influyendo en la resolución del proceso Ferrer, de lo que yo había hecho ilegalmente y con crueldad, expatriando a las gentes, persiguiendo a

las gentes, todo aquello que se me había venido imputando, si luego, al constituirse un Gobierno de mi partido, resulta que el desdén hacia mí no sólo es real, sino notorio, ¿qué podrán pensar las gentes del juicio que tuvieran formado, allá en el fondo de su conciencia, de lo que yo había hecho?

De modo que aquella crisis, sobrevenida después de todos estos sucesos, podía tener, y desgraciadamente tuvo, una significación que caía sobre el señor Maura y que caía sobre mí. Os lo digo con el corazón en la mano: hablo hoy, después de tantos meses, de todo esto; nuestras relaciones futuras serán las que yo luego he de establecer, al menos por mi parte. Si yo hubiera dicho cosas como éstas durante los meses que han transcurrido, yo habría hecho otra obra contra el Gobierno, diversa de la que he realizado; yo habría puesto obstáculos a la marcha de ese Gobierno; yo habría creado dificultades a ese Gobierno; yo me habría visto obligado, una vez que así hablaba; quizá me habría visto obligado a sumarme a movimientos contra vosotros, y yo, que había sacrificado y que había anunciado, desde luego, el sacrificio de mi persona por la unidad del partido conservador antes de la crisis de octubre, por esa unidad de las fuerzas conservadoras, por mi amor a la Monarquía, por no quebrantar las fuerzas que le sirven de sostén, por no crear más dificultades en la política española, decidí callar, prometí solemnemen-

te, sin que nadie me requiriese para ello, no crear obstáculo alguno a ese Gobierno, y anuncié a mis amigos, los que quisieron seguir mis inspiraciones y consejos, que estarían al lado de ese Gobierno, y cuando ese Gobierno necesitara para vivir mi apoyo, lo tendría.

Espon táneamente he dicho, señores, porque yo no he pactado con nadie. Seguramente, el Sr. Dato lo ratificará. Yo no he hecho mas que notificar la actitud mía; pero no he establecido pacto alguno, que el pacto significa que a lo que uno hace se correspon da con otras cosas, y bien sabe mi querido amigo el señor Dato que la primera vez que tuve el honor de recibir una carta suya anunciándome su visita, le contesté: «He adoptado, desde el primer momento de la crisis de octubre, la actitud que ya conoce usted, con absoluto desinterés personal y sin otra finalidad que evitar, si es posible, que se disgreguen las fuerzas conservadoras». Eso dije a S. S. (*Muy bien.*) (*El presidente del Consejo de ministros: Exacto.*)

Explicado esto, señores, yo tengo que decir y fundamentar también la actitud en que me he colocado, en que estoy y en que estaré —me lo propongo así— en relación con ese Gobierno. Ese Gobierno ha nacido por las razones que ha dicho, y yo acepto, desde luego, su explicación sin objetar nada, diciendo lo que he dicho antes para establecer bien el sacrificio que yo he tenido que hacer y el daño que, quizá por

imprevisión vuestra, se nos ha causado, lo mismo al Sr. Maura que a mí, en la relación antes explicada. Yo creo al Gobierno; no pongo en duda lo que el Gobierno dice. Vosotros afirmáis que habéis entrado en el Poder, que habéis constituido ese Gobierno, porque entendiendo el Sr. Maura que no era llegada la hora de recibirlo él, de constituir el Gobierno conservador, discrepastes de su opinión y formasteis ese Gobierno. Pues bien: si hacéis la misma política que nosotros representamos, la política del partido conservador, la que el partido conservador desarrolló de 1907 a 1909, la que es en él tradicional y constituye su programa y su bandera, si eso sois, como afirmáis, yo os creo. Vosotros habéis dicho y repetido que lamentáis la división del partido conservador; habéis dicho que accidentalmente tan sólo constituisteis ese Gobierno, reconocéis (esta misma tarde aquí lo habéis dicho) que el no estar ahí el Sr. Maura es un gravísimo quebranto para el Gobierno y para el partido conservador. Pues bien; yo os digo que si se ha constituido una situación conservadora con una mayoría que ha elegido el país, y en esa mayoría, aunque veo caras nuevas, personas desconocidas para mí, en esa mayoría veo yo también a la mayor parte de los diputados que en el año 1909 y en los anteriores del 7 y del 8, pero singularmente en el 9, nos ayudaron cuando nosotros tuvimos que librar grandes batallas con las oposiciones, que, aun-

que fueron breves, fueron gravísimas; aquellas personas, aquellos diputados, después del largo Gobierno nuestro, en el cual habíamos sometido a durísimas pruebas a nuestros amigos; aquella mayoría, como un bloque, se levantó frente a los que consideraban injustos ataques de las oposiciones, y alentó y mantuvo a aquel Gobierno hasta el último instante; y yo digo: nosotros, los que en aquella época de gobierno hicimos tantas cosas como han olvidado ya nuestros detractores, modificando la legislación en el sentido más progresivo y expansivo que se ha hecho desde hace muchísimos años; velando por la suerte del proletariado, siguiendo la tradición que el partido conservador había iniciado anteriormente y que encarnaba en mi querido amigo el Sr. Dato; modificando, como modificamos, la legislación electoral en el sentido de hacer efectivo el ejercicio del sufragio; estableciendo el voto obligatorio, y no sólo llevando a la legislación esa reforma, sino, lo que es más importante, aplicándola con toda lealtad; implantando las reformas de orden social que nosotros encontramos establecidas, pero tan solo en la *Gaceta* y no en la realidad, para lo cual libramos grandes batallas; los que hicimos todo eso, no podemos olvidar que fuimos apoyados por el partido conservador entonces. Yo veo ahora en esa mayoría tantas y tantas personas que sufrieron valerosamente aquellas pruebas y llegaron al final de la etapa del Gobierno y mantuvieron con

tanto tesón al Gobierno conservador, y una mayoría nutrida así merece toda clase de sacrificios de los hombres que pudiéramos influir de alguna manera para quebrantar esta situación. (*Muy bien.*) Pero, señores, no nos podemos engañar; hay fuera de este recinto, hay en la sociedad española un movimiento positivo y verdadero, que no procede de los sucesos del mes de octubre del año anterior, que viene de mucho antes, y ese gran movimiento, consolador para los que muchas veces nos hemos quejado de la falta de asistencia de los ciudadanos españoles a la vida pública, es un movimiento que se ha de considerar, y de todos los elementos políticos, y singularmente del Gobierno, debe merecer atención. Dígase lo que se quiera de nosotros, aunque nos tachen los elementos radicales de que somos gentes reaccionarias que no podemos resistir los avances de lo que llaman política nueva, ello es que ya desde 1907 se inició un gran movimiento de organización y de asistencia al partido conservador y de incorporación al mismo de fuerzas que, precisamente por ser juveniles, representaban una esperanza para lo futuro y representaban, sobre todo, la negación de lo que vosotros creéis que éramos nosotros.

No se nos podrá negar que espontáneamente casi, aunque muchos tuvimos el honor de alentar aquel movimiento, que espontáneamente casi se produjo el advenimiento de las juventudes en casi todas las po-

blaciones importantes de España hacia el partido conservador, y eso lo intentasteis vosotros, lo mismo los elementos liberales que los elementos radicales, sin éxito; cuantas veces habéis procurado organizar juventudes que respondan a vuestros ideales, otras tantas veces habéis fracasado. (*Rumores en las izquierdas.*) Yo no os niego fuerza, no niego que vosotros representéis fuerzas políticas; pero ese movimiento de las juventudes que se inició de 1907 a 1909 y luego se ha acentuado; ese movimiento digo que fué en el partido conservador, en los elementos conservadores del país, espontáneo, y que cuando otras fuerzas políticas han querido organizar fuerzas análogas, como era mero artificio, se frustró el intento. (*Rumores en la izquierda.*)

Pues bien, señores; después de la crisis de octubre no se puede negar que gran parte de esas fuerzas que se habían organizado, y otros importantes elementos políticos y sociales del país, han iniciado un movimiento de protesta contra ese Gobierno. Registro el hecho; lo ofrezco a la consideración del Gobierno de S. M. y de los señores diputados. Porque, ¿qué quiere decir ese movimiento? Esa protesta, que en algunos momentos toma caracteres violentos, caracteres que yo he censurado en cuanto tienden a atacar y algunas veces a ofender a los señores ministro, no podría haberse producido sin la creencia de que la anormalidad de la política tiene por origen

algo que hiere la conciencia de esos elementos políticos. Cada cual tendrá de los sucesos acaecidos en octubre del año anterior el juicio que quiera; yo estoy señalando una realidad, y la realidad es que hay algunos elementos, que yo considero elementos políticos y sociales importantes, que creyendo que se había constituido aquel Gobierno contra el Sr. Maura; que creyendo, contra lo que afirma el Gobierno (y yo lo creo y lo celebro), que lamenta la división que se ha producido en el partido conservador y la ausencia de la jefatura del partido conservador del Sr. Maura; que opinando contra eso que el Gobierno dice y afirma, y que le honra, que la crisis de octubre tuvo por principal objeto eliminar al Sr. Maura, contra eso protesta y se subleva y relaciona esos actos con todos los antecedentes.

Claro es que esos elementos, por obedecer a sentimiento nobilísimo, no advierten que esa eliminación del Sr. Maura y la eliminación mía no pueden tener por causa única lo que se ha supuesto, lo que se ha imputado al Gobierno y el Gobierno negó con razón y también para honor suyo; que si fueran elementos políticos más expertos comprenderían que a ese Gobierno le podrán imputar exactamente lo mismo si hubiera, en efecto, sombra o apariencias de responsabilidades por lo que en la política se hizo en el año 1909, exactamente las mismas responsabilidades que a nosotros nos exigen; pero no sólo eso. Adver-

tirían tales elementos políticos la ficción que vienen manteniendo aquellos elementos radicales que un día y otro día hablaban de Maura y de Cierva, y después, cuando ya no me vieron a mí y me creyeron, quizá con razón, definitivamente apartado, hablaron sólo de Maura; la ficción, digo, porque no hablemos de aquello que fué objeto de largas discusiones en esta Cámara y que reproducirlo hoy sería dar lugar a que se reprodujera argumento sobre argumento, cuando creemos, y la opinión con nosotros, que aquella cuestión fué liquidada victoriosamente para nosotros. (*Rumores en la izquierda.*)

¿No? ¡Ah!, cuando queráis, estamos aquí.

Lo que digo es que si esos elementos políticos fueran más expertos, más experimentados, advertirían pronto la ficción en que vivís y que mantenéis, porque verían que el jefe del partido socialista, que viene manteniendo, con más vigor quizá que los demás elementos políticos, ese veto y esa protesta, ve como se sienta ahí un Gabinete liberal, y en Barcelona, porque se anuncia una huelga, no consiente tampoco los mítines y no os subleváis y no decís que está justificado que Barcelona entera se levante; no lo decís, y si lo decís es para pasar, pero en seguida lo que pasáis es esa escalerilla para ir a hablar con los ministros. Y verían que siendo S. S., titulándose S. S. representante del proletariado español, contemplaba cómo iban cayendo una tras otra todas aque-

llas reformas de orden social que nosotros hicimos y mantuvimos.

¿Se levantó S. S. a hablarnos aquí de que las casas de préstamos florecen otra vez en Madrid y en toda España? ¿Se ha indignado S. S. cuando ha oído al digno señor ministro de la Gobernación decir que por causas complejas está incumplido el reglamento sobre casas de préstamos, que tuve el honor de refrendar? ¿Os habéis indignado al ver cómo por el incumplimiento de ese decreto, que viene de atrás, que no es de este Gobierno, pierden los pobres de Madrid, en la usura, de 4 a 5 millones de pesetas, que están representadas por la ropa de la mujer, el vestido del niño y, a veces, por la cuna? (*Muy bien, en la mayoría.*) Y verían cómo S. S. tampoco se indigna cuando ve que la obra de los que cerraron las tabernas en domingo y habían logrado por virtud de aquella reforma que los lunes descendiera la estadística que marca el número de accidentes del trabajo fué rectificadada, y por un pacto electoral, que aprovechasteis vosotros, se abrieron las tabernas y subió otra vez la estadística de los accidentes del trabajo en los lunes. ¡No os indignáis! Y cuando supieran, cuando vieran que a los hombres que más defendieron aquello y que crearon aquello, y que lo mantuvieron, y que quizá por mantenerlo tuvieron enfrente a todos los círculos de juego, a los prestamistas, a los dueños de cafés, a los revendedores, a

los taberneros, a los que patrocinaban las capeas, y a tantas y tantas gentes, cuando llegó el año 1909 vosotros aprovechasteis aquellas protestas, y todos esos elementos, que no nos habían arrollado a nosotros, verían cómo todo lo que vosotros habláis de amor al proletariado no es mas que una ficción. (*Aplausos.*)

Advertiría la Nación, y lo advierte, que uno y otro día, cuando todos protestáis, no podéis recordar más sino que nosotros suspendimos los mítines contra la guerra en Barcelona y ello determinó protestas de la democracia y que se levantara el pueblo. Eso lo dicen casi todas las izquierdas y lo repite una y otra vez don Pablo Iglesias, y esos elementos debieran recordar que S. S. en aquellos días mismos del movimiento revolucionario de Barcelona, al saber que habían sido incendiados los conventos y las iglesias, y que habían sido violadas monjas, y que se había asesinado a la gente, S. S. escribía a un periódico de Bruselas diciendo: los socialistas somos hombres honrados y no tenemos nada que ver con eso. (*Rumores.*)

De modo que cuando uno y otro día decís *Maura, no*, como habéis dicho, para honor mío, *Maura y Cierva, no*, y lo podéis decir cuanto queráis, os dirá la gente: cuando en Valencia estuvieron suspendidas las garantías, mejor dicho, declarado el estado de guerra durante tantos meses por los sucesos de Cu-

ltera, y se realizaron elecciones con ese estado de guerra, ¿qué hicisteis? ¿También se sublevó la democracia? No. (*Grandes aplausos en la mayoría.*) Y dirá la gente: cuando sobrevino la huelga de ferroviarios y se presentó por el Gobierno liberal, que ahí se sentaba, una ley sobre aquella huelga, contra cuya ley tronó la voz elocuente e irresistible del señor Maura, vosotros, ¿qué hicisteis? Seguir diciendo: *Maura, no; Canalejas, sí.* ¿Qué es eso, pues? Pues eso es, señores, y ésta es la enseñanza que de todo esto quiero yo deducir, eso es que contra Maura no se ha vacilado en amontonar toda clase de cargos, en mantener toda clase de vetos, en crear toda clase de ficciones, porque Maura era el gobernante que, al frente de un gran partido conservador, no anunciaba la batalla a la revolución, no desafiaba a nadie, sino que mantenía dignamente los fueros del Poder público, y siendo un hombre esencialmente liberal, que había traído a la legislación española las esencias más puras de la democracia, y sobre todo, caso más raro, como ya he dicho varias veces, quien las había impuesto y las había practicado, todo eso a aquellas democracias revolucionarias les estorbaba, y como lo que vosotros buscáis es ir destruyendo los grandes partidos de la Monarquía, habéis hecho eso, y ahora, cuando por un accidente se constituye ese Gobierno, ya vais contra ese Gobierno también, e iréis contra el otro, y contra el otro, y por eso ahora hablo yo

singularmente a los diputados monárquicos, diciéndoles que yo no quiero hacer absolutamente nada, ni haré, para quebrantar la cohesión de las fuerzas monárquicas, cualesquiera que ellas sean (*Muy bien*), y que prefiero eliminarme, ausentarme, sacrificar mi persona, a hacer nada que signifique ataque a esas fuerzas conservadoras organizadas, disgregación de esas fuerzas conservadoras.

Resumen de todo esto, señores, que ya os he molestado demasiado. (*Denegaciones.*)

Yo parto de la base, señor Presidente del Consejo de ministros, de las mismas afirmaciones de ese Gobierno, y digo: constituido el Gobierno de S. M. con la discrepancia explicada en la tarde de hoy por el Sr. Bugallal, ministro de Hacienda; habiendo lamentado todos, como lamentan, esa división que se ha producido en el partido conservador; representando ese Gobierno las tradiciones del partido conservador y estando dispuesto a hacer la misma política del partido conservador, yo hago honor a la palabra de S. S. y añado que a un Gobierno que hace esas declaraciones no le puedo negar mi apoyo, y que los amigos que quieran seguir mis inspiraciones votarán la contestación al Mensaje de S. M. Pero yo le doy, Sr. Dato, esa significación a mi voto, porque si yo entendiera, no lo puedo creer, que ese Gobierno directa o indirectamente, sistemáticamente (su dignidad como Gobierno es indispensable que quede en

primer término), estando formado por hombres políticos de tradición política, la mayor parte de ellos conservadores desde hace tantos años, omitiera aquello que fuera menester para llegar a la franca, leal y patriótica concordia de las fuerzas conservadoras; si ese Gobierno representara la imposibilidad de esa concordia y la tendencia a impedirla, yo no le votaría. Porque es así, porque entiendo que es así, porque estoy seguro de que el Sr. Dato y los dignos ministros que le acompañan se harán cargo de todo el daño que representa para las fuerzas conservadoras del país, para la Monarquía, para la Patria, en fin, la disgregación de las fuerzas conservadoras, que puede ser irreparable, porque estoy seguro de que han de entender que es uno de sus primeros deberes hacer cuanto esté de su mano, salvando y dejando aparte su dignidad como representante del Poder ejecutivo, todo cuanto sea posible para llegar a esa concordia, yo le voto.

Y si se llega a esa concordia, Sr. Dato, para la cual tantas cuantas veces le hablé le requerí, con objeto de que en su espíritu generoso hallara medios para restablecerla, le he dicho y ahora le repito, nada habrá de enaltecerle tanto ante la Historia como los actos que S. S. realice.

Cuando yo hablo de concordia, claro está que a aquellos otros elementos que protestan contra ese Gobierno les hago igual requerimiento, igual invita-

ción, y para esa concordia yo estoy siempre dispuesto al sacrificio, se entiende a la eliminación de mi persona o a la cooperación con mi persona, para la paz, para esa paz que tanto interesa a los partidos monárquicos, para restablecer la normalidad política que está quebrantada durante tanto tiempo, para hacer labor útil de Gobierno, para resolver los grandes problemas interiores y exteriores que tenemos delante, para que haya ahí un Gobierno que tenga el asentimiento de una mayoría tan numerosa y tan compacta que no necesite el auxilio de nadie, aunque sea de agradecer la cooperación, para que pueda vivir el partido conservador de su propia savia y hacer su propia política y restablecer la normalidad constitucional. Para eso, que es la paz, se cuenta conmigo en el último puesto, en ningún puesto. Pero no contéis conmigo para la guerra, para lo que signifique guerra, para lo que haga que continúe esta situación, que no permite avanzar un solo paso, que mantiene a nuestro país en el atraso en que se encuentra, sin que pueda ocuparse en la reforma del ejército, sin que pueda ocuparse en resolver, como ha de resolver sólo el Gobierno y atendiendo a las circunstancias y recogiendo las orientaciones de la Cámara, el grave problema de Marruecos, no pudiendo realizar las grandes reformas de la Justicia, ni las que está demandando el país, singularmente en Hacienda. Para eso se necesita un Go-

bierno vigoroso, que esté asistido de todas las grandes fuerzas conservadoras del país, y para eso, todo, para que tengáis eso, para que se normalice, repito, la vida política conservadora, contad conmigo. Para la guerra, ni vosotros ni nadie cuenta conmigo. (*Muy bien, aplausos en la mayoría.*)

EL SEÑOR PRESIDENTE: Se suspende esta discusión.

V

Psicologia parlamentaria.

*Contra la hipérbole,
encogerse de hombros.*

LA Cierva ha comenzado diciendo: «Agradezco mucho a mi querido amigo el señor Burell la atención que ha tenido...» Julio Burell había cedido la palabra a La Cierva. Y ¿no ha dicho más La Cierva? No ha dicho más. Y ¿no ha empleado otras loanzas, hipérboles y superlativos dirigidos a Burell? No ha empleado exageradas loanzas, hipérboles y superlativos: «Agradezco mucho a mi querido amigo el señor Burell». Nada más; esto, en la boca de un hombre sincero y veraz, era bastante. La Cierva profesa a Julio Burell un verdadero afecto. (Todos queremos en el Parlamento a este hombre tan generoso y romántico, dotado de tan sugestionadora atracción personal.) No hacía falta más sino agradecer al amigo su deferencia y hacer una breve y afectuosa manifestación

—«mi querido amigo»— de la amistad que con la persona de que se trata nos une.

Pero un viejo parlamentario hubiera hecho mucho más; un viejo y brillante parlamentario hubiera tirado de la caja de las hipérboles y de los superlativos. Hubiera ponderado la elocuencia del compañero, su palabra fácil, abundante y calurosa; hubiera hablado de su cortesía extremada; hubiera añadido quizá que éste era un rasgo que enaltecía al adversario político (el rasgo de ceder la palabra); hubiera terminado acaso manifestando que ante tal nobleza, ante tal delicadeza, él, el orador, guardaría siempre gratitud al adversario y estaría en toda ocasión dispuesto a mostrarle su reconocimiento... Todo esto es corriente en nuestro Parlamento. ¿Para qué tanto elogio mutuo, tantas bombásticas cortesías, tan redundante y copiosa palabrería de admiración? No es de ahora el mal; ha sucedido siempre lo mismo. En un artículo de Larra, publicado en enero de 1837 —*Figaro al Estudiante*—, el autor, discutiendo con don Antonio María Segovia, le dice que desea ahorrar los elogios habituales en los discursos parlamentarios. «Todavía no somos diputados ni usted ni yo», escribe Larra. «Si lo fuéramos

algún día —añade—, entonces podríamos a mansalva decir usted de mí: *mi digno amigo*; y yo de usted: *mi tierno compañero*. Y alabarnos uno a otro sin conciencia, sobre todo si fuésemos enemigos y si tratásemos de sacrificarnos uno a otro en la revolución primera que ocurriese».

El Parlamento español es el reflejo de España. Palabrería, redundancia, profusión en los discursos; desorden, negligencia, suciedad, abandono en la parte material del edificio. ¡Qué gozo da visitar un establecimiento público en que se vea, desde el primer momento y en todos los detalles, limpieza, orden, claridad, simetría! Y ¡qué idea tan desagradable, tétrica y repulsiva nos da del Estado, y de la incapacidad de ese Estado, y de la ineptitud de los hombres que rigen ese Estado, el ver un edificio lleno de suciedad y de abandono! ¿Qué idea se formará de España un extranjero que visite nuestro Congreso? En la Cámara popular —con el Senado— se asienta uno de los más altos poderes del Estado; aquí hay algo que es parte de lo supremo; más arriba no hay nada. «Y, sin embargo —pensaría el extranjero—, no ponen atención, cuidado, escrupulosidad en el

arreglo y mantenimiento de este edificio en que se alberga una parte de su poder más alto. ¿Pondrán cuidado, atención y escurpulosidad en lo demás? ¿Cómo estarán los edificios más humildes? ¿Cómo estarán las casas de los ciudadanos españoles, de estos mismos ciudadanos que aquí aparecen como insensibles a la suciedad, al abandono, a los muebles rotos y astrosos, a los olores pestilentes que emanan unas camarillas arcaicas, a los servidores lentos y descuidados, a las mil dificultades y engorros que continuamente allí se suscitan y encuentran los habituales de la casa?»

Después el supuesto extranjero —o el nacional— relacionará todos estos particulares del edificio con la modalidad espiritual de los debates parlamentarios. La ecuación será perfecta. ¿Para qué tanta faramalla retórica, queridos amigos? ¿Para qué tanto elogio inoportuno, tanta hipérbole, tanto superlativo, tanta fórmula vana de cortesía exagerada y empalagosa? Un poco más de sobriedad, de sencillez y de precisión. Precisión. Precisión, como si el idioma fuera un delicado y poderoso instrumento de cirugía. ¿Habrà nadie, siendo inteligente, a quien satisfaga un elogio excesivo y absurdo?

Tras el exceso y la absurdidad estamos viendo la mentira. ¡Oh España palabrera y redundante! Así son las conversaciones particulares y así son los debates parlamentarios. ¡Qué le hemos de hacer! En el capítulo xxxiii de la segunda parte del *Quijote* cuenta Cervantes que Sancho, estando en casa de los Duques, no durmió la siesta cierta tarde. Fué después de comer a ver a la Duquesa. «La cual, con el gusto que tenía de oírle —escribe el autor—, le hizo sentar junto a sí en una silla baja, aunque Sancho, de puro biencriado, no quería sentarse». La Duquesa insiste en que se siente Sancho. «La Duquesa le dijo que se sentase como gobernador y hablase como escudero, puesto que por entrambas cosas merecía el mismo escaño del Cid Ruy Díaz Campeador». Ya estáis viendo la hipérbole: Sancho Panza comparado al Cid. La comparación es digna de un parlamentario de hogaño. Y ¿qué hace Sancho? ¿Qué dice el bueno, el simpático, el inteligente Sancho? *¿Cuál es su actitud*, como decimos ahora? Va a verla el lector. Atención: «Encojió Sancho los hombros, obedeció y sentóse...» Nada más. No dijo nada Sancho. No opuso nada a la absurda hipérbole. No opuso —co-

mentario elocuente— mas que un encogimiento de hombros. «Bueno; lo mismo da una cosa que otra», parece decir Sancho. «Bueno; lo mismo da esto que otra cosa», podemos repetir nosotros ante el elogio excesivo. *Contra la hipérbole, encogerse de hombros.*

VI

Allá arriba...

LA Cierva, en el comienzo de su discurso, evoca un período de hostilidad sañuda a su persona. Abiertamente ha aceptado y recabado la responsabilidad de sus actos; no ha pretendido nunca zafarse de tal responsabilidad y arrojarla sobre otras personas. «Yo no he ocultado jamás mis actos —dice—, ni he cubierto mi pecho con la responsabilidad de nadie». «Tal vez —añade— en la historia de los sucesos, que ya van siendo históricos, pero que uno y otro día se recuerdan, podría yo decir con orgullo que procuré siempre atraer sobre mí todo aquello que realmente me correspondía, y que no tuve un momento de vacilación para buscar en alguien más la solidaridad con mis actos».

Rectitud, integridad, sinceridad: éste es el comentario a tales palabras. ¿Por qué en los políticos españoles esta vacilación, esta indecisión eterna, este perdurable y abominable miedo a las responsabilidades, este ir y venir, pa-

sar y repasar con gesto perplejo, como quien huye, como quien tiene pavor de algo, como quien siempre, en todos los momentos, esquivaba algo? En esta muchedumbre de hombres fugitivos y vacilantes, La Cierva es una excepción. Mirad a vuestro alrededor; tended la vista por estos hombres que declaman, hacen gestos y entran y salen en los ministerios y en las Cámaras. ¿Qué hacen? ¿Cuál es su actitud? Todo son fórmulas, frases imprecisas, determinaciones vagas, actos equívocos. Un personaje no escribe un artículo en un periódico poniendo al pie su firma; lo hace —cuando lo hace— encubriendo su nombre con un seudónimo. ¿Por qué? En parte, porque este hombre, que ha sido ministro o presidente del Consejo, cree —¡oh el entono castellano!; ¡oh la altivez española!— que se rebajaría, que sufriría su prestigio si él se allanara a hacer lo que todos los días hacen centenares de periodistas. En parte, también por temor, por indecisión, por horror a aparecer en una hoja, que han de leer millares y millares de gentes, diciendo con su firma algo de un modo concreto y terminante. «No; mejor es *hacer unas declaraciones*. El periodista nos ahorrará el trabajo de escribir (¿sabe-

mos acaso escribir?); él pondrá el estilo y acaso las ideas; no nos aventuraremos tampoco mucho en nuestras afirmaciones ni en nuestras negaciones. Afirmar, ¡qué espanto! Negar, ¡qué locura! El periodista lo hará todo, o casi todo; con el remedo de una idea, él se explayará en un largo período; con la sombra de una aseveración, él construirá una extensa teoría. Y lo importante, lo verdaderamente esencial es esto; que nosotros, grandes oradores, eminentes políticos, ex ministros, ex presidentes del Consejo, observaremos qué efecto producen estas manifestaciones nuestras publicadas en el periódico; y, según sea ese efecto, así podremos nosotros ratificarlas o negarlas en absoluto». Este es vuestro razonamiento íntimo, políticos. Este es el razonamiento del político español, del hombre indeciso, perplejo, listo, que tiene horror a las responsabilidades, que no puede hacer un gesto terminante y decisivo, que no puede lanzar a la clara luz y a los vientos un grito de afirmación o de negación. Entre esta muchedumbre, una de las pocas excepciones: Juan de La Cierva.

Escribimos estas líneas fuera de España, ante el mar, en una mañana radiante. La inmensa extensión del Océano, que se junta en la lejanía con el cielo, es de un intenso azul; acá y allá las olas, en su tumultuoso ir y venir, ponen un penacho blanco de espuma. En estos días en que la más formidable de las tragedias desgarr a los más cultos pueblos europeos, esta playa mundana y elegante ha quedado casi desierta. La serenidad del ambiente y el silencio hacen más intensa la meditación en este gran problema que se ventila en Europa. ¡Qué *lejos* está España! Incalculables, inmensas consecuencias se desprenderán en esta guerra en lo físico y en lo ideológico. España está allá arriba. ¡Qué *lejos* está España! ¡Qué lejos, geográfica y espiritualmente, están estos hombres que, en la altiplanicie manchega, a 650 metros de altura, van, vienen, giran y tornan a girar con un gesto de timidez, perplejos y pacatos! Aquí, frente al mar, con la mesa llena de periódicos y libros extranjeros, tenemos la sensación de que volvemos la vista y vemos allá, en lo alto, perdidos en la lejanía, los pueblecitos, los campos secos y las ciudades de la España central. Para llegar hasta Madrid tenemos

que realizar una larga ascensión; recorreremos unas campiñas desoladas; cruzaremos dos divisorias de montañas abruptas, duras y peladas. ¡Qué lejos está España! Aquí, en este instante de meditación ante el mar, en este ambiente espiritual tan distinto —libre y moderno— no acertamos a comprender muchas cosas de nuestra amada España. Sentimos una atracción profunda por sus viejas ciudades, con sus callejuelas desiertas y sus caserones; nos place un momento que pasamos sentados en esta piedra blanca, junto al río, entre unos álamos que se yerguen gráciles y esbeltos, cortando con su cinta verde el azul radiante y purísimo del cielo; nos conmueve este resonar de nuestros pasos en la estancia de la noble casa, con sus balcones voladizos y su solana sobre el huerto sombrío. Pero una ligera opresión nos angustia cuando pensamos en el reposo, en la inmovilidad, en el abandono, en la negligencia de España. «Silencio sepulcral de la existencia española», decía Larra.

Reposo, inercia, inmovilidad mental, muerte. ¿No desentona en el ambiente de este pueblecillo castellano un libro europeo? ¿Qué efecto nos hace el imaginar a un caballero de una vieja

ciudad de Castilla con un libro de Nietzsche en la mano? Cuando Quevedo, en páginas fechadas en la Mancha —torre de Juan Abad, 1637— nos cuenta que su amigo don Jerónimo Antonio de Medinilla era tan apasionado del libro de Tomás Moro, *La Utopía* (traducido luego por él), «que lo llevaba por compañía en los caminos y le tenía por tarea en las pocas horas que le dejaba descansar la obligación de su gobierno de Montiel», experimentamos una extraña emoción. ¿Querría aplicar ese caballero, Quijote vivo, las teorías de Moro en plena Mancha, en los dominios de su mando, precisamente en el «antiguo y conocido Campo de Montiel», por donde Alonso Quijano hizo su primera salida? Ese ejemplar de *La Utopía*, de Moro —como ahora lo sería Nietzsche o Tolstoy— es a modo de una vibración luminosa en la obscuridad de la vida española. «Silencio sepulcral de la existencia española», decía Larra. España, en la casa, es este mueble que se descompone y que no vuelve a componerse ya; el cristal roto y que *mañana se pondrá nuevo*; la puerta que no encaja; el plato o los tenedores que no están del todo limpios; la persona a quien buscamos, que no se halla en el sitio en

que debe estar; la carta que no ha sido escrita; los papeles rotos en los jardines; los patios interiores llenos de trapos y de escombros; la tienda en que el mercader nos dice secamente que compremos tal o cual objeto, o «que lo dejemos»... España es el país del *vuelva usted mañana* y del *por ahora*. Larra hizo también la observación. «No se puede hacer nada *por ahora*. Dejemos tal cosa como está *por ahora*. Es buena, es conveniente tal reforma, sí; pero *por ahora...*»

En estos momentos de serenidad y placidez, frente al mar, en este ambiente intelectual que tanto nos place, experimentamos el deseo de no volver más a la altiplanicie de los 650 metros. ¿Es cierto lo que acabamos de escribir? Acabamos de escribirlo y nos detenemos un instante para reflexionar. No estamos seguros de nosotros mismos. Nos ganan también las indecisiones, las perplejidades y los titubeos que acabamos de condenar. Quisiéramos estar aquí siempre... y, sin embargo, al propio tiempo nos sentimos atraídos, enternecidos por aquellos pueblecitos, por aquel río con álamos, por aquel caserón viejo y noble de *allá arriba*.

VII

Partido y Patria.

ANTE la campaña de hostilidad a su persona, a su política, a su tendencia gubernamental, La Cierva —nos dice él mismo— meditó. ¿Sería él un obstáculo en el partido conservador? ¿Sería él una perturbación en la vida nacional? Copiamos con esta frase última sus palabras mismas. Reproduciremos las palabras exactas. «Fuí creyendo que, aun teniendo yo la conciencia bien tranquila, y ante Dios lo digo, de que con razón nada grave se podía a mí imputar por los actos que realicé entonces —errores, muchos; pero imputaciones de aquellas que pesan sobre la conciencia, ninguna—, comencé a pensar que yo no debía ser una perturbación en la vida política española». Que no debía serlo y que estaba dispuesto a no serlo, dejando al partido conservador seguir en su marcha e inhibiéndose él de toda actuación política... Ahora, pasado el tiempo, desde fuera de España y habiéndose interpuesto entre el discurso de La Cierva y el momento en que

escribimos una formidable conmoción europea que va a remover muchas cosas; ahora, al releer las palabras copiadas, experimentamos la sensación de no entenderlas. ¿Qué es, según esas palabras, el partido conservador de España? ¿Qué es la vida política española? ¿Qué es España? Todo esto, ¿está reñido con un espíritu de perseverancia y de rectitud? Seguimos frente al mar, lejos de las llanuras secas, de los ríos hondos con álamos, de las ciudades viejas. Levantamos la vista hacia allá arriba. ¿Qué pasa entre aquella buena gente de la altiplanicie manchega? ¿Cómo viven y qué ideas absurdas y estrambóticas son las suyas? ¿Por qué un hombre que quiera la continuidad en un esfuerzo es una perturbación? ¿Por qué es una perturbación una inteligencia reformadora e íntegra? No lo comprendemos. No lo comprendemos, espectros que os agitáis en España, sombras que tenéis la apariencia de vida, trasuntos de hombres que allá, en la meseta, vivís una vida anacrónica y sórdida, lejos del tráfigo y de la efervescencia del mundo. No comprendemos toda esa existencia encogida, opaca, tímida, equívoca, verbalista, arcaica, que en estos días, rota momentáneamente toda solidaridad espi-

ritual con ella, se nos aparece más extraña e incongruente.

El problema de España es un problema de coherencia. Sobre la mesa en que escribimos estas líneas tenemos un libro publicado recientemente; publicado recientemente en edición nueva y considerablemente aumentada. Aludimos a la obra de Charles Maurras *Kiel y Tánger*. Ya en ediciones anteriores el libro de Maurras ha tenido en Francia brillante éxito. Ahora *Kiel y Tánger*, con la guerra, es de una actualidad angustiosa, trágica. Maurras ve el problema de Francia como nosotros vemos el problema de España. Charles Maurras —inteligencia lúcida y vigorosa— es un propagador de la política conservadora. Pero del conservadorismo de Maurras no se tiene idea en España. «Acaso sea yo un obstáculo en el partido conservador», decía La Cierva. Pero ¿qué es lo que se llama partido conservador en España? ¿Qué idea tienen de una *doctrina conservadora* los conservadores españoles? Para Carlos Maurras la doctrina conservadora supone concentración de todas las actividades en un esfuerzo común,

y continuidad de ese esfuerzo a través del tiempo en la vida nacional. En una palabra: conservadorismo es coherencia y continuidad. Esta coherencia y continuidad en el esfuerzo es lo que nosotros proclamamos aplicándolo a España. Todo en España está por hacer: no tenemos presente; no hemos tenido pasado. Lo decía ya en 1835 Larra. En estos días trágicos se vuelve a hablar apasionadamente de germanos y de latinos. ¿Quiénes son superiores? ¿Quiénes son inferiores? Germanos y latinos, alemanes y franceses poseen cualidades diversas, no son estas las mismas en mayor o menor intensidad; son distintas, y cada una de ellas del mismo valor y estimación. No siendo idénticas las cualidades de uno y otro pueblo, de una y otra «raza», con cada una de esas cualidades o grupos de cualidades se puede formar un tipo humano selecto.

No cabe hablar, por tanto, de superioridad. Y con todo, la vitalidad, la expansión, el vigor, el ímpetu, la constancia, la confianza en sí misma de Alemania, es indiscutible e incontrastable. ¿Por qué? ¿A qué obedece este hecho? «Se reconoce que los alemanes no se hallan más elevados que nosotros en la escala humana»,

dice Maurras hablando de este tema de las superioridades. «Se concede —añade— que ellos no tienen ningún derecho a llamarse nuestros maestros. Pero si los resultados superiores que ellos no cesan de recoger ante nosotros no les provienen de su substancia propia, substancia misteriosa, incomunicable, deben provenirles de un orden, de una disciplina, de una organización: ¡bellas cosas que nosotros conocemos bien, ya que después de todo, en la misma Alemania han copiado de nosotros!» Sí; pero cualidades todas —reconoce Maurras— que hay que restablecer en Francia. Organización: ese, y no otro, es el secreto. La fuerza de un pueblo está en eso: en la coherencia de las fuerzas y en la continuidad del esfuerzo total a través del tiempo.

«Un obstáculo en el partido conservador». No, querido don Juan; no puede ser eso. El partido que usted y yo queremos es el partido en que no haya *mañana* ni *por ahora*. Cuando se observa la vida nacional se ve la incoherencia, el abandono y el ilogismo, que lo infiltran todo y van desde el más pequeño detalle hasta

los más importantes organismos. *Cada uno en su sitio, en el momento exacto y cumpliendo escrupulosamente con el deber* es cosa que no se concibe en España. ¡Cuánto batalló Larra contra esto! Toda su obra es una protesta contra la incoherencia española. *Hay que volver mañana, veremos; si, le diré a usted, pero...* Un bibliotecario se ha llevado a su casa la llave de un armario y no se puede ver un libro que hay en él. («Pero volverá en seguida.») Un ministro, un subsecretario, un gobernador «no ha venido todavía» o «se ha marchado ya». Se necesita pedir informes a tal Tribunal o Consejo. La ley dice tal cosa, en efecto, pero en el reglamento hay un artículo que dice tal otra. No se puede hacer esto porque protestará Fulano. Cuidado con hacer lo otro, porque puede disgustar a Mengano... No acabaríamos nunca. ¿Jamás se podrá romper esta urdimbre española que nos ahoga a todos? ¿Jamás podremos salir del trámite, del aplazamiento, del equívoco, de la laxitud, de la negligencia, del compadrazgo, del miedo?

«Una perturbación en la vida nacional». No, querido don Juan; no comprendemos eso. ¿Cómo puede ser una perturbación el gobernan-

te que a su paso por el Poder ha realizado tan fecunda obra reformadora? La España que usted y yo queremos es una España próspera y fuerte. Cuando se está fuera de España no se comprenden muchas cosas absurdas de España —que parecen cosas de ensueño—, pero se ven claramente otras que en la propia Patria, dentro nosotros del ambiente nativo, casi no percibimos. Hay muchos elementos en España para hacer un gran pueblo. Hay muchos elementos de un vigor y de una originalidad extraordinarias. Lo vemos ahora; lo recordamos lejos de España. Lo vemos y lo sentimos en muchas cosas: desde las frutas, aquellas frutas de España, tan bellas, tan olorosas y de tan rico sabor, hasta las estrofas, tan intensas y ardientes, de un Luis de León, o la melancolía tan honda y sugestionadora de un Garcilaso.

Partido y Patria. Un Partido que no esté superpuesto a la Patria.

VIII

Organización, densidad.

Un poco de lo antiguo.

«**Q**UISE hacer —dice La Cierva— organizaciones vigorosas, poderosas, para que el partido conservador tuviera la fuerza que correspondía». Organizar, construir, tejer una extensa y tupida urdimbre de partidarios y de asociaciones por toda España, ¿cuándo se ha hecho esto entre nosotros? ¿Nos imaginamos esos grandes, fuertes, incansables políticos norteamericanos que en el lapso de un día, corriendo vertiginosamente en un tren especial, pronuncian ocho, quince arengas ante otras tantas multitudes y dejan un hondo rastro de cordialidad y de confianza en millares y millares de corazones? El término opuesto: un parlamentario español, metido en su despacho, inaccesible al correligionario, al amigo, al admirador, teniendo su tertulia a una hora determinada, dando su paseíto a otra determinada

hora, preparando un «gran discurso» durante ocho días, contestando con fórmulas vagas y difusas una carta cordial, expandiéndose en gestos teatrales y en frases enfáticas. Todo entonado, rígido, sin espontaneidad ni efusión, sin calor, sin entusiasmo, sin vida. Todo muerto en un país muerto. Organizar un gran partido es vivir con la muchedumbre en comunicación efusiva todos los días y en todos los momentos. Se requieren para esta obra múltiples y variados elementos. Se necesitan escritores, periódicos, propagandistas, asociaciones esparcidas por todo el ámbito de la nación. Se necesita viajar continuamente; conocer todos los *países morales* de todas las regiones; estar a tono con todos los amigos; saber en un momento dado hacer una confidencia, como prueba suprema de amistad (una confidencia que, en el fondo, no lo será); corresponder con una merced a una larga serie de servicios; sembrar alegremente la esperanza; infundir la fe, la confianza entre los partidarios y los admiradores... ¿Cómo se ha de realizar toda esta obra, de corazón y de cerebro, según los procedimientos del método español, viviendo el político alejado de la multitud, rígido y enfático? Hemos

hablado del *método español*. Tal vez esto sea exacto ahora y no lo sea refiriéndolo a 1830, a 1850. Y tal vez también la idea que tengamos de esas épocas sea también equivocada. Pero, en fin, la ilusión existe, y la ilusión tiene tanta eficiencia como una realidad, 1830. 1850 representan para nosotros el gran parlamentario que vive en la calle, mezclado a sus adeptos, conviviendo con ellos llana y familiarmente. 1830, 1850 son la arenga en el café, el enardecimiento, el levantamiento popular, la barricada, el grito a cielo abierto. 1830, 1850 son la persecución, la huída, la estancia en el extranjero --de donde se ha de traer un poco de aire nuevo--, la confraternización lejos de la patria, bajo el mismo techo, sentados a la misma mesa, con el más humilde de los correligionarios. 1830, 1850 son la redacción de un periódico —con un quinqué humoso y una mesa de pino— desde donde se salta, sin escalafón, sin tertulias, sin antesalas, al despacho de un ministerio. 1830, 1850 son el abrazo efusivo, la palabra tosca y grosera, pero cordial, el rasgo inesperado y generoso... Si todo esto es cierto, si todo esto no es una ilusión, queremos un poco de 1830 y de 1850, un poco de lo antiguo.

Batallar por algo.

Batallar, ¿por qué? ¿Qué es lo que nos ha de impulsar a la lucha política? Considerad a un escritor, a un parlamentario, a un adepto de los pueblos, a un hombre que va y viene en el tren, que hace viajes a Madrid, que gasta su fortuna, que dedica su energía a propagar el prestigio de un jefe. Batallar, ¿por qué? ¿Con qué objetivo? Todo partido debe tener un programa claro, concreto, definido, terminante. Debemos saber lo que queremos y por qué nos movemos. Pero —¡cuidado, políticos!— no exijáis a la naturaleza humana lo que la naturaleza humana no puede dar. No exijáis que se batalle, se luche y se vaya y se venga sólo por una idea, por un programa político. Todo eso está bien; el programa debe ser realizado a toda costa; por todos los medios, ardientemente, con la mayor lealtad, debemos tender a que nuestros ideales tengan su encarnación en la realidad. Sería otra cosa entrar en la gama que va desde la simple indelicadeza hasta el crimen de esta patria. Pero tengamos un poco de bondad;

seamos un poco cordiales y comprendamos que todo es decoroso y lícitamente conciliable, y que es justo y es lógico que aspire a la merced y a la gracia —cosas superfluas o cosas necesarias— quien ha derrochado su energía y su inteligencia en la consecución de un ideal. Y, sobre todo, queridos políticos españoles, políticos que queréis engalanaros con un catonismo rígido, no lo exijamos así, no exijamos estas abnegaciones de nuestros amigos, de nuestros adeptos, de nuestros parciales, cuando se ha ocupado las más altas categorías de la política y se ostenta el pecho cuajado de condecoraciones.

Al descender del tren.

Al descender del tren podréis, si no juzgar completamente a un político, a un personaje, por lo menos recoger un dato para juzgarle. Al descender del tren el político. Al descender del tren un breve momento, para subir en él otra vez, o para tomar el coche o el automóvil. La multitud de amigos y de admiradores ha estado esperando largo rato. Momentos de im-

paciencia... El silbato de la locomotora suena a lo lejos. ¡Ya está aquí! Se acerca el tren raudó y pesado. Se forma a lo largo del andén una larga fila de concurrentes. Va avanzando lentamente el convoy. Todas las miradas se dirigen a las ventanillas de los coches. ¿Dónde vendrá? Instante de indecisión, de perplejidad. ¡*Allí va!* El político ha aparecido en la plataforma de un vagón. Se detiene el tren. Sonriente, el personaje, desciende... Este es el momento interesante; momento de una viva emoción, momento de experimentación psicológica. ¿Cómo desciende del tren el ministro o ex ministro, el presidente o ex presidente? ¿Qué hace? ¿Qué gestos, qué ademanes, qué palabras son las suyas? Aquí, esperándole, hay muchedumbre de amigos, de correligionarios, de admiradores; están revueltas gentes de todas las categorías: autoridades y simples ciudadanos. Para nuestro afecto, independientemente del prestigio social, hay también clases en esta concurrencia: hay amigos antiguos, amigos indecisos, amigos momentáneamente agraviados. A toda esta muchedumbre la hemos de distinguir en un breve momento, y en nuestros gestos y palabras —instantáneamente— hemos de poner

una gradación de preferencias y una mayor o menor intensidad de afecto. El tren va a volver a partir; el automóvil nos espera. Toda esta muchedumbre está atenta y ansiosa. Pues en estos momentos breves observaremos en el político su intuición rápida, su aplomo, su equidad en el afecto, su sentido de la jerarquía, su talento de atracción y de organización, la dignidad para no ir en un gesto de efusión más allá de donde corresponde ir. (Muchas veces hemos viajado con La Cierva y hemos comprobado en estos rápidos descendimientos sus admirables dotes de gran político.) Un hombre vulgar, un hombre frívolo andará ligero y atolondradamente de un lado para otro, repartiendo apretones de manos y abrazos sin sentido de la gradación (y sin sinceridad); en vez de estar quieto, reposado, para que todos vayan pasando, o en vez de avanzar ligeramente cuando es preciso, como, por ejemplo, cuando un amigo modesto y digno se queda en último término y es preciso llegar hasta él para darle esta muestra pública de estimación; en vez de hacer todo esto con sosiego, con nobleza, el político vulgar, ininteligente, lo confundirá y revolverá todo, rápido y nervioso,

y la concurrencia de correligionarios, en un instante, será un amasijo de abrazos, saludos, apretones de manos, gritos, sonrisas... Acaso quede de todo esto un reguero de desabrimiento y de disgusto. Desde luego, el observador tendrá un dato para juzgar, entre otras cosas, de las dotes de organización de este político que desciende del tren.

Político: fabricante de densidad.

Nuestra definición del político queda enunciada en el título de este apartado. Definición —téngase en cuenta— del político *en España*. Político: fabricante de densidad. Político: hombre que, en un país pobre, sin densidad, sin ambiente, cargado de sensaciones, se esfuerza con toda su energía, con toda su inteligencia, con todo su talento organizador en fabricar densidad. Densidad; ¿qué es la densidad? Cuando cruzamos Francia, Inglaterra, Alemania, tenemos, aunque nuestra carrera sea rápida, una sensación de algo denso y sólido. Lo vemos en todo: en el alojamiento, en el camino, en una tienda, en la librería de una

estación, en el gesto de la gente, en la alusión ligera que, sin que se insista, suscita en el cerebro de las gentes un enjambre de ideas. Densidad en población, en comunicaciones, en periódicos, en tiendas, en fábricas, en esparcimientos. Densidad en mil matices casi imperceptibles de la vida que implican una civilización honda, y que para formarse han necesitado una larga y fecunda tradición. Densidad —ahora en este momento en que escribimos— en este paisaje cuidado como un jardín, en este libro elegantemente impreso que está sobre la mesa y en este pedazo de playa que se ve a lo lejos y por la que discurren, sobre la dorada arena, bellas y elegantes mujeres.

Volvamos la vista a nuestra España. En el verano de 1835, Larra... (Permita el lector que insistamos hablando de Larra. Nos atrae su situación ideológica, situación especialísima. Nos interesa sobremanera este compromiso, este equilibrio entre su profesión de fe política y las consecuencias de su obra literaria, tan distinta de su política, tan opuesta, tan antagónica. Caso que se repite en la historia de las literaturas.) En el verano de 1835, Larra hizo un viaje por Extremadura. Pocas descripciones de

campo o ciudad nos ha dejado Larra. Pero en su artículo *Impresiones de un viaje* tenemos una. Larra, casi con la sequedad de un Madoz en su *Diccionario geográfico*, describe la vida en Badajoz. Nada más enumerativo y escueto y nada —cosa extraña— que nos dé tan honda sensación de realidad. Va enumerando el autor las cosas notables de Badajoz, y añade: «No se puede llamar paseo a los árboles nacientes del Campo de San Francisco, debidos al celo del general Anleo; ni al campo de San Juan, pequeña plazuela en medio de la ciudad, adornada de algunos árboles y bancos; ni teatro una especie de sala donde algunos aficionados, o tal cual compañía ambulante, dan de cuando en cuando sus originales representaciones». Hagamos una pausa; ahora dispongámonos a contemplar más completo el paisaje de una ciudad española, de *la* ciudad española, pintada con cuatro rasgos característicos: «La alameda de Palmas —escribe Larra— está abandonada por malsana desde el cólera. El billar, el ejercicio de los urbanos en el Campo de San Roque, la retreta y dos o tres cafés son las distracciones de la población. Hay una fonda llamada, si mal no me acuerdo, de *Las cuatro*

naciones. Menos naciones y mejor servicio, puede uno decir al salir de ella».

Nada más. Aquí está España; aquí está nuestro ambiente sin densidad: aquí, en las horas lentas, pesadas de esta ciudad; en los dos o tres pequeños cafés, solitarios, donde las bolas del billar hacen, de tarde en tarde, un ruido sonoro; en la alameda con sus olmos viejos y frondosos (¿cómo no los ha mandado ya talar algún alcalde?); en los caserones de vastas salas destartaladas; en el campaneó que rompe el silencio de todas horas; en el escándalo que nos produce un forastero que acaba de llegar y que va vestido «de un modo raro»; en la ausencia de libros nuevos; en la admiración por el joven abogado listo y elocuente; en la dureza con que juzgamos el acto ajeno que nos parece condenable, mientras en nuestro fuero íntimo sentimos no poder hacer lo mismo... ¿Cómo hacer que todo esto cambie, que la rareza de las sensaciones se convierta en profusión y exuberancia de sensaciones, que el aire esté cargado de cosas, que haya ligereza, flexibilidad cerebral, que se llene el idioma de alusiones y de formas elípticas que ahora no tendrían ningún sentido? Políticos: ésta es

vuestra obra. Fabricar densidad: tal es la labor de un político, de un hombre de acción, de un talento organizador. Densidad es, en último término, o, por lo menos, en uno de sus aspectos, organización.

La insensibilidad española.

A un determinado grado de densidad corresponde un determinado grado de sensibilidad. ¡Cuántas cosas no dice, por ejemplo, un interior del pintor Chardin! (¿Qué es lo que corresponde, entre nosotros, dos siglos arriba, a estos interiores llenos de paz y de dulzura?) Observando lo que es tolerable, mejor, lo que es indiferente en la vida cotidiana de un pueblo, se puede deducir el grado de sensibilidad de ese pueblo. «¡Cómo! Ustedes, ¿no encuentran tal cosa molesta? Para ustedes, ¿no es tal otra de mal gusto? ¿No juzgan discordante esto? ¿No ven que aquello es una nota de chabacanismo y grosería?» Mentalmente, si no con paladinas palabras, formulamos tales preguntas. ¿Cómo sentimos nosotros los españoles? ¿Cómo hemos

sentido? Hemos hablado alguna vez de una observación de Saint-Simon durante su viaje en España; volveremos a mencionarla. En 1721 vino a nuestro país aquel agudo observador y aristócrata francés. Observó minuciosamente nuestras costumbres. Algunas de las páginas de este viaje son de una originalidad extraordinaria. Superior a cuanto en lo antiguo se ha escrito sobre España lo reputamos. Saint-Simon, entre otras cosas, realizó una excursión a Aranjuez. Le agradó nuestro Real Sitio. «El conjunto —escribe— forma algo de encantador y de sorprendente en Castilla, por el espesor de las sombras y la frescura de las aguas». Una cosa le extrañó sólo. «—Me chocó —dice— un molino sobre el Tajo, a menos de cien pasos del Palacio, que corta el río y cuyo estrépito resuena en todas partes». ¿Cómo este molino, desagradable y molesto, puede estar en estos parajes turbando la apacibilidad y la dulzura? De vuelta en Madrid Saint-Simon, los reyes le preguntan qué le ha parecido Aranjuez. Saint-Simon se deshizo en elogios. Lo elogió todo. ¿Todo? No. *Je parlai du moulin...* «Yo hablé del molino y me extrañé de que fuera tolerado tan cerca del Palacio, donde su

vista —que interrumpía la del Tajo—, y más aún su ruido, eran tan desagradables que un particular no los sufriría en sus dominios». Vamos a ver la actitud de los reyes —su sensibilidad— ante la sensibilidad de este aristócrata que viene de Versalles, con sus fuentes, sus jardines de Le Notre, sus lejanías y su ambiente espiritual, cargado de La Bruyère, de Descartes y de Molière. «Esta franqueza desagradó al rey —escribe Saint-Simon—, que respondió que el molino había estado siempre allí y que allí no hacía ningún daño». Gesto de Saint-Simon, gesto de ese espíritu fino y culto: *Je me jetai promptement sur d'autres choses agréables d'Aranjuez...* ¿Para qué más?

En 1764 se halló en Madrid otro viajero de viva comprensión: Beaumarchais. El relato de su viaje —interesantísimo— ha sido publicado en un opúsculo aparte, desglosado de las *Mémoires*, y con el título de *Clavijo*. (Edición Jouaust; París, 1880.) Beaumarchais estuvo en La Granja. Se alojó en una mansión llena de incomodidades y molestias. Pero nadie reparaba en tales *pormenores*. *Mais ici* —escribe Beaumarchais— *on n'est pas délicat sur ces sortes de malaises*. (Las páginas de donde to-

mamos esta cita no son las del viaje; pertenecen a unas cartas inéditas publicadas en la revista *Le Temps Present*; París, número del 2 de junio de 1914. El autor de *El casamiento de Figaro* no dice más. Basta con esto. He aquí dos datos para el estudio de nuestra insensibilidad. Dos datos pequeñitos; pequeñitos, pero significativos.

Las acacias frente a la Iglesia.

Son datos pequeñitos, cierto; pero pudiéramos citarlos más grandes. (El problema estriba en el tono del ambiente. A Chardin puede oponerse, en España, un pintor más grande; pero no un pintor que tenga el sentido de la vida que tenía Chardin.) Hay en España una porción de diminutas leyendas que han vivido durante mucho tiempo —en discursos, en artículos de periódico—, pero que ya la crítica va destruyendo. Nuestro cielo era el cielo más puro; nuestras mujeres, las más hermosas; nuestra infantería, la más valiente. Comenzamos a comprender, en el contraste con las cosas de

fuera, que no se trata de *más* ni de *menos*, sino de diversidad y de la plenitud en la diversidad. Uno de los tópicos más socorridos ha sido el de la fertilidad asombrosa de nuestra tierra... Enlacemos lo que hemos comenzado a decir en este apartado con lo que veníamos diciendo antes. Hombres políticos, profesores, publicistas, debemos todos esforzarnos en transformar el medio. Para la obra de densificar a España, nuestro suelo es un obstáculo formidable que debemos vencer. No; no es un emporio de fertilidad y de abundancia en España; pero debemos esforzarnos en procurar que lo sea lo más posible.

Hace poco releíamos unas interesantes páginas de Cánovas. A Cánovas, como literato, como escritor, se le ha juzgado un poco ligera, apasionadamente. Una nota profundamente simpática en Cánovas: su avidez intelectual, su curiosidad por todas las novedades del pensamiento, su mariposeo constante por libros y revistas... Leíamos días pasados unas páginas de Cánovas: el estudio titulado *De cómo he venido yo a ser doctrinalmente proteccionista*, estudio que figura en el volumen II de los *Problemas contemporáneos*. (Madrid, 1890.) Nues-

tro suelo —dice en ese trabajo Cánovas— es «uno de los más naturalmente pobres entre los de Europa». Ya lo había dicho repetidas veces Cánovas: lo «llevaba ya dicho yo muchísimas veces». Y añade: «Y largo tiempo hace, no sin riesgo de parecer paradójicamente pesimista».

Acabemos de destruir la leyenda. Reaccionemos poderosamente contra el medio; transformemos el medio. En la civilización moderna, la vitalidad de España puede tener una nota de profunda originalidad; hay levadura para ello. Cánovas, en las páginas citadas, nos sugiere, brevemente, dos visiones de España que, en la energía de su prosa, resaltan bruscamente y se nos entran en el espíritu. Cánovas, partidario de la política hidráulica, pondera las excelencias del agua y habla de extremeños y manchegos. «¿Cómo les basta a estos últimos —escribe— que un poco de cieno líquido, a manera de culebra vil, se deslice por el Campo de Montiel, de quijotesca memoria, para criar por junto a Argamasilla de Alba sotos de olmos y otros árboles, capaces de dar envidia al regio Aranjuez?» (Con la imaginación vemos las olmedas y cortinales de Argamasilla: llanura ocre, cielo azul, y dos cintas de verde fronda a

los lados del río.) «¿Por qué en todo el Tomelloso —sigue Cánovas—, pueblo tan vecino, no se encuentra, en cambio, sino tal cual acacia tísica frente a la iglesia?»

Frente a la iglesia, en la plaza del pueblo, hay cuatro o seis acacias; están amarillas, y de cuando se celebra la feria acaso tienen hincado algún clavo en su tronco. Días de vendaval y de cielo gris en otoño; las hojas amarillentas han ido cayendo. No se ve en toda la llanura ni una mancha verde. Corren por las calles y por la plaza tolvánicas de polvo. ¿Se van a romper las débiles ramas de estas acacias? Estas acacias «tísicas» de frente a la iglesia, en las plazas de los pueblos, son uno de los símbolos de la vida española.

IX

Metancólico e implacable.

Su pluma de oro.

«... **E**N aquel rincón hermoso donde nací —dice La Cierva—, donde yo vengo dirigiendo las grandes fuerzas conservadoras que se formaron al calor de Cánovas del Castillo, y donde éste buscó asilo durante más de veinte años...» (Visión de la tierra murciana, visión en que se mezclan recuerdos y sensaciones de niño: el colegio vasto y desnudo; el panorama verde contemplado desde la sala de estudio, por una ventana, horas y horas; las llanuras de olivos grises; las montañas peladas, como de porcelana, que se perfilan en un cielo purísimo; el viaje a la capital, lleno de emoción; la inmensa vega, cuajada de puntitos blancos, con la enhiesta torre que se yergue en el azul, atalayada desde lo alto de la Fuensanta.) «... habiendo entrado en el partido conservador a los veintiún años de edad —añade el orador—, no he figurado en ninguna disidencia de las que ha

padecido ese partido». Tales palabras de La Cierva evocan en nosotros la figura de Cánovas; estas mismas fuerzas conservadoras que Cánovas creó son las que ha dirigido y dirige hoy La Cierva; esta misma tierra donde La Cierva ha nacido dió su representación parlamentaria a Cánovas durante veinte años. La última vez que vimos a Cánovas fué la tarde —24 de Mayo de 1897— en que, debatiéndose en el Senado el asunto Tetuán-Comas, pronunció el insigne estadista su último discurso. Desde la tribuna pública lo escuchamos. Luego, en la puerta, esperamos a que saliera; queríamos ver de cerca —curiosidad de muchacho— un hombre grande y fuerte: el hombre más notorio de España. Salió Cánovas; desde el umbral caminó unos pasos hasta el coche que le aguardaba. ¿Era entonces el ocaso? ¿Moría entonces la tarde? ¿Unos rayos postreros y oblicuos del sol no hicieron reflejar sus lentes? Salió un hombre más bajo que alto; llevaba un bigote gris, y debajo del labio inferior moteaba una mosca gris. Su cara, de trazos duros, tenía una profunda expresión de voluntariedad y energía. Una larga melena cenicienta caía de debajo del alto sombrero de copa. Llevaba Cánovas

un modesto bastoncito de vuelta en la mano —lo recordamos bien—, y en el rápido movimiento de su cabeza, en el modo de torcerla ligeramente de pronto, se adivinaba también el hábito de quien escucha altivamente, con dominio de sí, para dar en seguida una orden o rebatir con dos palabras lo que le acaba de ser expuesto...

La Cierva ingresó en el partido conservador —según acaba de decirnos— en 1886, a los veintiún años. ¿Cómo había de sospechar La Cierva al ponerse, cuando muchacho, a las órdenes del gran Cánovas un pequeño hecho que había de ocurrir veintiocho años más tarde? El 24 de junio de 1914, encontrándose el autor de estas líneas en el despacho de La Cierva, recibió éste una carta con un regalo: era un presente que uno de los herederos de Cánovas le hacía con motivo de ser el día de su santo; era una ligera, sencilla pluma de oro: la pluma de Cánovas.

La iglesia vieja.

Nos preocupa profundamente el pasado; sentimos la honda preocupación del tiempo. ¿Qué es el tiempo y qué es el pasado? ¿De qué manera vemos el espacio, nuestro *espacio*, el de España, en el tiempo pretérito? Los hombres de nuestra generación, ¿cómo han visto el pasado? ¿Cómo han sentido España? A fines de 1902 se formó un núcleo de escritores jóvenes en torno a *El Globo*, diario, como su homónimo de Francia en 1830, de brillante tradición literaria. Escribían con entusiasmo aquellos jóvenes. Se hicieron en el periódico citado campañas de política agraria en que el sentido de la tierra iba enlazado con reminiscencias de escritores clásicos. (Esos artículos fueron del autor de estas líneas.) Se revisaron valores literarios. Se hizo una obra de crítica teatral —devida a Pío Baroja— que causó indignación y escándalo. Aquellos escritores ansiaban renovación y vida. Una mañana —el 1.º de diciembre— apareció a la cabecera del periódico un artículo titulado *Vieja España, patria nueva*.

«A mí —decía su autor—actualmente España se me representa como algunas de las iglesias de nuestras viejas ciudades: un párroco mandó cerrar una puerta; otro cubrió con yeso unos angelitos porque eran inmorales; el que le siguió cerró una capilla con altar; se tapiaron las ventanas, se abrieron otras, y al ver ahora la iglesia no se puede uno figurar su forma primitiva». El autor añadía: «Los que esperamos y deseamos la redención de España no la queremos ver como un país próspero sin unión con el pasado; la queremos ver próspera, pero siendo substancialmente la España de siempre. Si nos dicen que a esa vieja iglesia estropeada, en vez de restaurarla, se la va a derribar y que en su sitio se levantará otra iglesia nueva, no nos entusiasmará el pensamiento; primeramente, es muy posible que después del derribo no venga la construcción; además de esto, creemos que hay en el viejo edificio muchas cosas aprovechables». ¿Quién dirá el lector que es el autor de estas líneas? ¿Quien esto escribe? No. Años más tarde, el autor de estas líneas —Pío Baroja— había de publicar una serie de hermosas novelas con el título genérico de *El pasado*. El pasado, el presente, el porvenir de España...

¿Cuál es nuestra tradición? ¿Cómo podríamos definirla? A lo largo del tiempo han ido acumulándose unos estratos espirituales. Los han formado los poetas primitivos y luego Garcilaso, Góngora, Luis de León; los han formado el Greco, Velázquez, Zurbarán, Goya; los ha formado Cervantes; los ha formado Larra. Sobre el paisaje vario de España, en las viejas ciudades, en los nobles caserones, ese pensamiento de arte y de literatura ha ido creando un ambiente de violencia y de delicadeza a la vez, de melancolía inefable y de austera energía... La generación de 1898 ha sentido algo de eso; esa generación ha sentido España. Ha sentido el paisaje de España, los poetas de España. ¡No derribéis la vieja iglesia! ¡Dejadla en piel! Demoled, sí, cuanto sea necesario para que la secular edificación pueda conservarse a través del tiempo. Conservar es renovar.

«Que vuestro patriotismo sea... melancólico... implacable.»

Conservar es renovar. Sin paradoja se puede decir que la generación de 1898 —y en espe-

cial algunos de sus representantes— ha hecho obra hondamente conservadora y patriótica. Sería preciso dar, en el punto a que hemos llegado, una definición del verdadero patriotismo. Esa fórmula la encontramos en Cánovas. Fórmula de conservadorismo y fórmula de patriotismo. Hablando recientemente de Cánovas ha dicho José Ortega y Gasset: «Yo respeto sinceramente su enorme talento, tal vez el más grande de su siglo en España para cuestiones ideológicas, si hubiera podido dedicar a ellas su vida». (*Vieja y nueva política*; Madrid, 1914.) Cánovas: preocupación por todos los problemas del intelecto. Cánovas: sinceridad e independencia mentales. Mejor que en ninguna parte, encontramos en *El Solitario y su tiempo* una fórmula del patriotismo. Publicó Cánovas en 1883 ese libro. Ya entonces había sido presidente del Consejo. Hay en Cánovas una mezcla extraña de cosas grandes y cosas infantiles. Sus juicios literarios desconciertan a veces; por ejemplo, al mediocre Cherbuliez le asegura «si no es ya que la amistad me ciega, que no suele, un grande y merecido lugar entre los buenos autores de novelas de todos los países y de todos los tiempos». Y esto en las mismas pá-

ginas en que condena a Balzac y Stendhal. (Pero puede uno equivocarse en juicios literarios y ser un hombre inteligente. Inteligente era el propio Balzac. Y ¿hay nada más absurdo que algunas de sus opiniones sobre escritores de su tiempo? Véase un artículo de Remy de Gourmont, *Balzac, critique littéraire*, en *Le Temps* del 12 enero 1913).

En el volumen segundo de *El Solitario y su tiempo*, capítulo XI, Cánovas expone la doctrina a que hacemos referencia. «No sólo la experiencia de mi tiempo — dice —, sino la adquirida en otros, que con alguna profundidad he procurado conocer, por documentos, que no por libros retóricos, me obligan a saber que no cabe positiva y duradera grandeza militar y nacional donde hay pobreza e impotencia económica». Después Cánovas funda los males de España, pasados y presentes, en «nuestra en gran parte nativa pobreza, nuestra falta de espíritu de economía, nuestro desorden administrativo, así en lo público como en lo particular, nuestra prodigalidad viciosa, la desproporción, en fin (y desdeñen por sencilla esta razón cuanto quieran los retóricos), entre nuestras fuerzas y nuestros intentos». En 1844 Estéba-

nez, Calderón y algunos otros españoles pensaron en extender el dominio de España en África. Cánovas protesta contra esas «conquistas o adquisición de más costosos dominios en el África, inhospitalaria y bárbara». Esos errores imperialistas él los combate «enérgicamente por verdadero amor, y como verdadero ingenuo, hacia la patria». Y después dice que lo que él haría, si tuviera autoridad para ello, sería infundir en sus conciudadanos las siguientes palabras: «Trabajad, inventad, economizad, ahorrad sin tregua; no contraigáis más deudas; no pretendáis tanto adquirir como conservar; no fiéis sino en vosotros mismos, dejando de tener fe en la fortuna; no toméis los nombres o las apariencias fáciles por realidades, que éstas son siempre menos accesibles; no pidáis a los que os gobiernan milagros, pero tampoco les consintáis que adulen vuestros defectos y los exageren; ni declinéis en instituciones e individuos, por poderosos que sean, las faltas de la colectividad, sean de todos, sean del mayor número; que vuestro patriotismo sea, en fin, callado, melancólico, paciente, aunque intencionado, constante, implacable. Así no recobraréis, por cierto, el predominio antiguo que

aquello fué casual y no puede más volver; pero todavía hallaréis qué hacer en este mundo, de sobra, y podréis mostraros dignos de descender de quien descendéis y llevar con justo orgullo el glorioso nombre de españoles».

«Que vuestro patriotismo sea... melancólico... implacable». Es decir: recojámonos sobre nosotros mismos y meditemos en el dolor de España, y que de nuestra melancólica meditación salga una constante, implacable energía para reprimir el mal y hacer el bien. ¡Frase bella, felicísima! Frase de pensador y de poeta. Frase de lejanías ideales. Frase en que vemos —¿por qué?— a Miguel de Cervantes con el codo sobre la mesa y apoyada la mano en la mejilla, según él mismo se describe. Melancólico... implacable... melancólico... implacable...

X

La desviación.



H^{EMOS} de insistir en una observación ya apuntada en uno de los anteriores capítulos. Nos referimos al distinto modo de cómo se ven las cosas de España estando dentro y estando fuera de nuestra patria. El ambiente influye poderosamente sobre el espíritu. Dentro de España comprendemos muchas cosas que desde lejos nos parecen absurdos; desde lejos no acertamos a explicarnos otras. Tiene cada país una tonalidad que, desde dentro, no se puede percibir claramente. Ligados a las cosas grandes y a las cosas pequeñas del país, entremezclados en sus luchas, sintiéndonos apesados en la espesa urdimbre de los intereses, de las pasiones, de los anhelos y de los prejuicios, no podemos percibir la polarización especial, peculiarísima, de ese país. Juzgamos ya con otra lógica de la que teníamos cuando estábamos fuera de sus fronteras. Cuando volvamos a la casa nativa, cuando estemos ya en

ella, la menuda y consistente red volverá a em-
prisionarnos y tornaremos a usar —sin que-
rer— de la lógica antigua. ¿Por qué esos libros
escritos por extranjeros y que están llenos de
inexactitudes y de exageraciones tienen, a ve-
ces, un profundo sentido de la vida española?
¿Por qué lo tiene el *Ruy Blas*, de Víctor Hugo,
y algunas de las páginas de Merimée? (¡Oh el
Consejo de ministros de *Ruy Blas*! El propio
Menéndez y Pelayo tuvo que reconocer —*Ideas
estéticas*— el hondo sentido español de Víctor
Hugo.)

En 1846 hizo un viaje a España el gran pe-
dagogo americano Faustino Sarmiento; es poco
conocido —en España— el relato que Sar-
miento hizo de sus observaciones entre nos-
otros. Su viaje, sin embargo, puede ser colo-
cado por su agudeza y profundidad al lado del
de Saint-Simon. El libro de Sarmiento encon-
tró un censor indignado en un español, en Mar-
tínez Villergas. Villergas rebatió a Sarmiento
en su folleto *Sarmenticidio, o a mal sarmiento
buena podadera*. (París, 1853). Es curioso y sin-
tomático repasar el opúsculo de Villergas, por-
que se percibe en él la honda diferencia de ló-
gica de que antes hablábamos. Entre los espa-

ñoles que en 1846 leyeran a Sarmiento, ¿cuántos lo comprenderían? Poquísimos.

En cambio, serían millares y millares los que se sentirían en 1853 compenetrados con Villergas. Pero el tiempo suple al espacio y hace el oficio de él; un libro escrito por un extranjero podremos repugnarlo en los mismos días que sale a luz; mas a distancia de dos o tres generaciones ya nos hallamos con más desinterés para el juicio. He aquí algunas de las proposiciones de Sarmiento, que Villergas cita escandalizado: «Que los puristas españoles hacen un idioma de convención que llegará a ser incomprensible, cosa que no ha de traer gran daño al mundo intelectual». «Que los únicos trabajos históricos y literarios de nuestros días, relativos a España, son debidos a extranjeros». «Que un *vaudeville* le causa mayores sensaciones que todo el teatro español antiguo y moderno». «Que Rivadeneyra es el primero, por no decir el único, impresor de España». «Que no se estudian las ciencias naturales». «Que no hay grabadores». «Que hoy se imprime peor en España que dos siglos atrás...»

Hacemos todas estas citas según las hace, a su modo, el impugnador de Sarmiento. Lo que

importa es considerar el ambiente que circula por el libro de Sarmiento y el que circula por las páginas de Villergas. Son dos lógicas, dos sensibilidades distintas, antagónicas. Muchos años después, en 1914, se nos había de ofrecer otro caso interesante de psicología literaria. José María Salaverría, en el año indicado, había de publicar un libro rodeado del mismo ambiente de sensibilidad que el de Sarmiento, y el libro de Salaverría había de chocar violentamente, como el de Sarmiento, con una sensibilidad antagónica (artículo de Zozaya en *El Liberal*; 24 junio, 1914). Hay analogía entre uno y otro libro, porque las cosas de España han sido vistas con una *especial luz* análoga. Lleva la ventaja el libro de Salaverría de estar escrito en una prosa limpia, fuerte, fina y rápida. Desde la Argentina, después de una larga y activa estancia en aquel país, Salaverría nos da en *Á lo lejos* su visión de España. No se olvide tampoco dónde escribe Sarmiento. La concepción ideológica de Salaverría la sintetizamos en lo que pudiéramos llamar *activismo*. El activismo: la energía, la expansión individual, la constante efervescencia mental, la multiplicación creciente de la personalidad en mil manifesta-

ciones externas; el activismo, contrapuesto al reposo, al marasmo, al prejuicio que paraliza, a la socarronería que se burla del entusiasmo, a la monotonía gris y eterna de las horas provincianas en España. Activismo que tiene su manifestación, en el orden inmaterial, en las concepciones filosóficas o artísticas de Nietzsche, un Ibsen o un Beethoven, y que en lo material se traduce en la industria, en la navegación, en el comercio, etc. (La Argentina, Alemania, Inglaterra.) No hacemos mas que indicar sumariamente una modalidad mental. Ahora imaginad la vida de un pueblo español. ¿Habrà nada más distante de este ideal —Nietzsche, una fábrica de Manchester— que ese vivir opaco, gris, monótono, en que no pasa jamás nada? A partir de esto, el activismo de Salaverría, el tumulto de la fuerza y del pensamiento supone —y esto es importante— una ordenación, un método y una jerarquía. En pocas líneas, por ejemplo, sintetiza el autor todo su libro y nos da su concepto de España. «Pero España ofrece, desde lejos sobre todo —escribe—, una impresión de confusionismo, de incoherencia social, de anarquía y de líneas borrosas. Falta la continuidad de las jerarquías, el escalona-

miento de los distintos planos nacionales. Parece, más que nación vieja y constituída, una amalgama donde todo está revuelto y donde todo es uno e igual». Visión análoga tienen de España dos cerebros de bien distinto orden: Larra... y Cánovas.

Una nota domina en la crítica de Salaverría, una nota esencial, de una importancia extraordinaria. *Falta espiritualidad en la vida española*. No hay elevación ni trascendencia en nuestra vida. ¿Qué es lo que hace que un volumen de Nietzsche o de Ibsen desentone tanto sobre esta mesa en un pueblecito de España? Las páginas del libro de Salaverría tituladas *El plebeyismo* son de una verdad dolorosa. (Medítese también en el capítulo *Madrid*, tan admirablemente escrito, con tanta luz, con tanto brío, con tanta rapidez.) ¿Por qué esta ausencia de espiritualidad, de trascendencia, en los diversos aspectos de la vida española?

¿Por qué esta falta de intensa, férvida vida espiritual en España? Ya hemos citado algunas veces la opinión de Larra, el cual, refiriéndose a los tiempos de la Reforma, dice que nuestra literatura tenía tal carácter de localismo y limitación (plebeyismo) que, «o había de variar

con la marcha de los tiempos, o había de ser su propia muerte, si no quería transigir con las innovaciones y el espíritu filosófico que comenzaba a despuntar en el horizonte de Europa». Transcribamos ahora unas palabras de Cánovas en su discurso del Ateneo en 6 de noviembre de 1882. (*Problemas contemporáneos*, volumen II.) Habla Cánovas de lo peligroso que es para las individualidades el hacerse excepcionales entre sus semejantes. Luego aplica el ejemplo a las naciones. «Nada tan peligroso tampoco para una nación —dice— como apartarse largo trecho del cauce por donde van los demás; que si ella es la más fuerte, todas suelen conspirar para que deje de serlo, y aun después que no lo es ya, todavía por largo tiempo, por siglos, tal vez, la persiguen los propagadores de la moda vencedora, según de España advirtió Schiller, con sus injuriosos sarcasmos». Cánovas añade estas palabras: «Tal le ha acontecido, con efecto, a España, desviada desde la rebelión religiosa del siglo XVI, y la libre expresión del racionalismo filosófico en el siguiente, del curso general de las ideas europeas». Detengámonos un momento. Cánovas juzga peligroso, lo más peligroso de todo

(«nada tan peligroso»), el que una nación se desvíe del curso de las otras. Cánovas añade que en los siglos pasados España se ha desviado del «curso general de las ideas europeas». Es de suponer, lógicamente, que Cánovas desearía que España no hubiera sufrido tal desviación. Sigamos ahora; completemos el pensamiento del autor. A seguida de la última frase copiada, Cánovas añade: «... y no sería yo, que lo sé bien, quien hubiese de querer poner en oposición nuestro espíritu con el de la época». Palabras decisivas, terminantes. De un lado, nuestro espíritu; de otro, el de la época. Cánovas no quiere ponerlos en oposición. Todo esto, sin abdicar de la propia personalidad, de lo que es substancia de España, de lo que puede ser materia —ya lo hemos dicho y repetido— de una vitalidad española honda y original. «Pero ni el anhelar, como es natural, el progreso —escribe Cánovas— y contribuir a él hasta donde alcancen las fuerzas, ni el amoldarse, hasta donde posible sea, al modo de ser de los demás, exige, ¡qué ha de exigirl!, la abdicación de la propia personalidad». Y líneas más abajo vuelve a recomendar que conservemos nuestra personalidad y que nos estudiemos en

el pasado «y concertemos en el presente nuestro modo de vivir, *según la realidad, sin supersticiones históricas*».

El pensamiento de Cánovas sobre este punto es claro y concreto. Cánovas, en 1882, no hace mas que insistir sobre una idea expuesta en 1864. Cánovas, en un interesantísimo discurso pronunciado en el Congreso el 11 de abril del citado año, afirma, en efecto, que fué una «desgracia» para España el separarse, en el siglo xvi, de la «corriente general de la civilización».

Hecho que nos importaba señalar: *la desviación*. La desviación notada por Larra y Cánovas. La desviación observada por la más literaria encarnación del espíritu innovacionista y por la más preclara encarnación del conservadurismo. ¡Curiosa coincidencia! Respecto de Larra, suponemos lo que nos hubiera dicho que debió hacer España para evitar esa desviación; pero lo interesante, lo interesante en grado extraordinario, hubiera sido escuchar de labios de Cánovas lo que él hubiera propuesto y realizado.

XI

Una obra reformadora.

Intensidad y extensión.

HEMOS estudiado la obra reformadora del ex ministro conservador en nuestro opúsculo *La Cierva* (Madrid, 1910). Se han hecho de este folleto varias ediciones en diversos puntos de España y una copiosa en la Argentina. En esas páginas, tan divulgadas, hemos enumerado todas las reformas realizadas por La Cierva. Ha sido considerable en intensidad y extensión la obra reformadora del ex ministro conservador. La misma actividad que desplegó en el ministerio de Instrucción Pública desplegó luego en el de la Gobernación. Fué breve su paso por aquel ministerio y no llegó La Cierva a desenvolver todos los proyectos e iniciativas que tenía ideados; más larga su estancia en Gobernación, pudo dar libre campo a su laboriosidad y a su inteligencia. Su energía se empleó en todo: en la reforma de las costumbres, en la legislación obrera, en la

higiene pública, en la beneficencia, en las comunicaciones. Hasta el propio edificio en que trabajaba el ministro fué remozado, limpiado, decorado elegante y sobriamente. Hasta periódicos y publicaciones importantes del extranjero, que antes no se recibían en la casa, fueron ahora traídos por suscripción.

Merecieron especial interés de La Cierva las cuestiones obreras. Se estableció el descanso dominical. Se cerraron las tabernas en domingo. Se reguló el trabajo de las mujeres y los niños. Se crearon los Tribunales industriales. Se hizo una ley de huelgas, que es la más liberal de Europa. Se reprimieron las explotaciones inicuas en las cantinas obreras. Un proyecto sobre retiros y pensiones obreras para la vejez tenía pensado La Cierva cuando salió del ministerio. A los obreros del campo pensaba también haber extendido la ley de Accidentes del trabajo.

*Palabras de Rant y
parodia de Hamlet.*

La obra reformadora del ex ministro de la Gobernación suscitó un vivo movimiento de

hostilidad. En nuestro opúsculo *La Cierva* hemos citado unas palabras de Kant en su *Antropología*. El filósofo hace el retrato de los diversos pueblos europeos, y al llegar a nosotros, los españoles, dice, entre otras cosas, que somos «rebeldes a las reformas». No había salido nunca de Koenisberg aquel espíritu tan ávido de todo; nunca había traspasado los alrededores de su ciudad; pero su inteligencia penetraba hondamente las cosas, y a nosotros los españoles nos conocía bien. «Rebeldes a las reformas». ¿Por qué llevaremos en la sangre este horror, esta repugnancia a todo dictado por el bien, a toda ordenación provechosa, a toda disciplina que pueda redundar en comodidad de todos? Hay muchas cosas en la vida diaria, pequeñas, que estudiándolas, deteniéndonos en ellas, pueden darnos luz sobre las cosas grandes. Muchas veces hemos pensado que uno de los indicios para juzgar de la psicología de un pueblo es determinar lo que en un ambiente social medio, en un medio de burguesía rica e ilustrada, hace reír y hace sonreír, es decir, qué cosas motivan la risa y son causa de regocijo, bien en un público de la índole indicada, bien individualmente, en las conversacio-

nes privadas. Veríamos, si hiciéramos estas observaciones, que lo que motiva, por ejemplo, la risa de un español no hacer reír a un alemán o a un inglés, y que, en cambio, cosas regocijantes en Alemania o Inglaterra no llegan a serlo en España.

La cultura graduada por la risa y por la sonrisa: he aquí nuestra fórmula. O sea que existe toda una región de jovialidad donde ciertos espíritus no pueden entrar, por incapacidad, y hay otra región, inversamente, donde esos mismos espíritus no quieren entrar, no podrían entrar, por indiferencia o repugnancia. Hace poco, en una sala de espectáculos, repleta de un público «distinguido» —burguesía holgada—, presenciábamos la parodia del monólogo de Hamlet *Ser o no ser*. La concurrencia reía a carcajadas...

Palabras de Kant, parodia de Hamlet. ¿Por qué —todo se enlaza— tendremos los españoles esta agresividad contra toda disciplina y concesión mutua que pueden resultar bienestar y comodidad para todos? Contra las reformas de La Cierva se publicaron millares de artículos, se dibujaron caricaturas, se rimaron incalculables versos satíricos. Sería curioso tam-

bién recoger en un libro todo lo más saliente que se dijo contra las medidas del ministro de la Gobernación. La Cierva encauzó el funcionamiento de cafés, teatros, espectáculos diversos; suprimió también las bárbaras capeas de los pueblos. Recordamos que uno de los tópicos que se emplearon contra La Cierva fué el de que «había matado la alegría española». La alegría española —indudablemente— simbolizada en los refranes y frases populares de *manga por hombro, a trancas y barrancas y el carro por el pedregal*. La alegría española del *porque sí*, de los *riñones* y de *el que no quiera, que se vaya a la calle*. La alegría del barullo, el estrépito, la insolencia, la brutalidad. «¡Qué delicado de hombrel», dice la gente del pueblo hablando de los que no gustan de tal alegría. «Es un refinado», dicen los más cultos, con cierto sentido sarcástico, irónico, refiriéndose a quien ama el silencio, el orden, la limpieza, los gratos paisajes, la música, la poesía. «Es un refinado». Sí, sí... Españoles, compatriotas: palabras de Kant, parodia de Hamlet.

La escalerilla.

A vosotros, socialistas; a vosotros, los que habéis ido dejando que se pierdan las reformas sociales implantadas por La Cierva, y que a vosotros os beneficiaban en primer término, ¿qué os vamos a decir? La Cierva, en su discurso, dirigiéndose a los diputados de la izquierda, les hace observar cómo ciertas medidas de gobierno que motivaron protestas cuando fueron realizadas por el Gobierno conservador han sido pasadas en silencio al ser realizadas por un Gobierno liberal. No se protesta ni se dice nada ante estos otros hechos. «Y si lo decís —añade el orador— es para pasar, pero en seguida lo que pasáis es esa escalerilla para ir a hablar con los ministros». La escalerilla. La escalerilla por donde se sube y baja a los escaños. ¡Cuántas idas y venidas hemos presenciado por esas escalerillas y por los corredores de la Cámara! ¡Cuánto daño han hecho a la política española y a España muchas de esas idas y venidas y muchos de esos coloquios misteriosos en los pasillos llenos de penumbral ¿Qué

os vamos a decir a vosotros, socialistas? Al escribir este nombre de socialistas, nuestro espíritu va hacia los campos lejanos y hacia las fábricas donde hay tantos millares y millares de españoles pobres, angustiados, extenuados por el trabajo y el sufrimiento, y que no saben lo que es la *escalerilla*. Reformas que venían a atajar corruptelas y explotaciones indignas han ido cayendo en olvido, sin que por su mantenimiento velaran quienes principalmente tenían que velar. El parlamentarismo lo corrompe y envenena todo. ¡Fatalidad de la *escalerilla*! Ese cierre inexorable de millares de tabernas en domingo hacía —bienhechoramente— que el número de accidentes del trabajo descendiera, como por milagro, el lunes. Y ¿cómo puede ser que para una finalidad electoral se tolere que las tabernas no sean cerradas? La reglamentación rigurosa de los préstamos, la represión de la usura, produjeron un considerable beneficio a las clases pobres. Y ¿podrá haber excusa, ni atenuación alguna humana en tolerar, mes tras mes, año tras año, el incumplimiento de esa reforma?

No es posible pedir a toda clase de adversarios un gesto de comprensión y de desinterés.

No todos pueden juzgar serenamente la obra del adversario. Pero éste es un ideal al que debemos encaminar nuestros esfuerzos. Muchas veces, en nuestras lecturas, hemos tropezado con libros respecto de los cuales teníamos la aprensión de que no nos iban a placer. Sin embargo, hemos comenzado a leerlos, los hemos leído íntegramente, hemos procurado entrar dentro de ellos, compenetrarnos con el espíritu del autor, *comprender*. Para nosotros uno de los efectos, no digamos de la cultura, sino de la civilización, es este movimiento de atención y de reflexión que un hombre puede tener ante otro hombre o una obra antagónicas suyos. No nos dejemos llevar de la pasión ni de la superstición. Si la obra buena ha sido hecha, tengamos la nobleza y la lealtad de declararlo, *aunque* la obra haya sido llevada a cabo por nuestro adversario. ¿Qué hay por encima de la verdad? Nada. La verdad está sobre todo. Nuestro símbolo: un hombre, que, como en un cuadro de Holbein, estaría inclinado atentamente sobre un libro con un gesto de comprensión... *Comprender* es el camino del desinterés y de la verdad.

XII

Desinterés y concordia.

«No quiero pedir nada».

DESINTERESADA en absoluto fué la conducta política de La Cierva. «... Esas recomendaciones naturales de gobernadores civiles —dice el orador—, de senadores vitalicios, de altos cargos, que hacen los hombres políticos que tienen algunos amigos, éstas no habrán llegado de mi parte al Gobierno». Sólo con tal desinterés pudo desenvolverse sinceramente dentro de la línea que se había trazado. Tal vez La Cierva llegó al exceso en este punto. ¿Sere-
mos indiscretos? Nos place revelar cierta ané-
dota. En los días en que se formó el Gobierno conservador, los senadores y diputados con-
servadores de la provincia de Murcia andaban preocupados respecto a la persona que pudie-
ra ir a ocupar el gobierno civil de Murcia. Hay grandes fuerzas conservadoras en la provincia, fuerzas creadas por el mismo Cánovas, grupos y núcleos de conservadores históricos. Existe

en la tierra murciana un ambiente y una tradición verdaderamente conservadores. La persona que desempeñe el gobierno civil no puede ser indiferente. No es que se trate de que pueda ir el gobernador deliberadamente en contra de la orientación y tendencia de esas fuerzas; no se puede suponer eso. Pero la persona que se halle al frente del gobierno civil debe estar en comunión íntima y cordial con esas fuerzas conservadoras, debe sentir los propios anhelos de esos valiosos elementos, debe hacer suyas sus aspiraciones, nobles y legítimas... Y un poco de inhabilidad, otro poco de apatía y otro poco de indiferencia a la tierra y a los hombres pueden hacer que, siendo el ocupante del gobierno una bellísima persona, todo un caballero, venga a ser infructuosa o lastimosa su gestión. Andaban los senadores y diputados murcianos preocupados con la persona que pudiera ir a ocupar el gobierno civil de la provincia. (Apresurémonos a decir que con el nombramiento que se hizo, *sin conocimiento de La Cierva*, quedaron satisfechos; la persona del gobernador fué grata a todos.) La conducta de La Cierva impedía el que diputados y senadores se acercasen a hacer ninguna indicación al Gobierno. No se atrevían.

Cierta mañana, estando todos reunidos en casa de La Cierva, mostraron ante el autor de estas líneas la preocupación que les embargaba. «No tienen ustedes que preocuparse por tal cosa —les dijimos—; pueden ustedes tener un gobernador que les complazca a ustedes. Estoy seguro de ello». Hubo un instante de curiosidad y nos pidieron que aclaráramos nuestras palabras. Chanceamos un poco, tratando de agrandar el misterio de nuestras frases. Al fin, seriamente y entre la sorpresa de aquellos queridos amigos, declaramos que estábamos dispuestos, por servirles, a ir al gobierno civil de Murcia. Había que pedirlo al ministro. Agradó la determinación y pasamos a comunicárselo a La Cierva. Ahorramos gestos y palabras. ¿Cómo no ver que a La Cierva hubiera causado viva satisfacción este nombramiento? Pero no quiso pedirlo. «No quiero pedir nada», nos dijo. Y de este modo, quien escribe estas estas líneas, que tan sólo por complacer y servir a unos amigos hubiera aceptado ese cargo, no llegó a ser gobernador de Murcia. No vió todos los días sobre su mesa un montón abrumador de papel de barba ni presidió con su bastón de borlas las procesiones...

Paz y trabajo.

Queremos hacer resaltar el final del discurso de La Cierva; deseamos que quede grabado en el ánimo del lector. Paz y no guerra. Trabajo y no discordia. Todo el tema de nuestro libro está aquí. Continuidad en el esfuerzo, permanencia en la labor, lógica, método, coherencia: éste es el espíritu de La Cierva. Con tales condiciones, sobre tales bases, laboremos por la prosperidad y el engrandecimiento de España. No se cuente con el ex ministro de la Gobernación para la discordia, para el obstáculo, para el estacionamiento, para el eterno tejer y destejer de la intriga y de la rivalidad. Para eso, no; para la paz, para la conciliación, para el trabajo, sí. «No contéis conmigo para la guerra —dice el orador—, para lo que signifique guerra, para lo que haga que continúe esta situación, que no permite avanzar un solo paso, que mantiene a nuestro país en el atraso en que se encuentra, sin que pueda ocuparse en la reforma del Ejército, sin que pueda ocuparse en resolver, como ha de resolver sólo el Go-

bierno y atendiendo a las circunstancias y recogiendo las orientaciones de la Cámara, el grave problema de Marruecos, no pudiendo realizar las grandes reformas de la Justicia, ni las que está demandando el país, singularmente en Hacienda...» ¡Nobles, levantadas palabras, que son todo un programa!

XIII

La doctrina conservadora.

*Previa reparación:
El estilo de Cánovas.*

¿QUIÉN ha dicho que el estilo de Cánovas era laberíntico? El verdaderamente laberíntico y difícil es el estilo de *Clarín*. (Desde luego, especialmente en los cuentos, cargado de una substancia de idealidad exquisita, única en España en su tiempo.) A *Clarín* se debe el tópico —tan usado, y es hora de que sea destruído— de la obscuridad de la prosa canovista. No puede darse una obra más tremendamente apasionada —ni más ingeniosa— que el folleto de *Alas Cánovas y su tiempo*. Hay cosas que no se pueden hacer. Sobre Cánovas, el hombre que lo fué todo, que lo llenó todo, no hay escrito ningún libro vivo, literario, inactual. Hoy tenemos que andar aperdigando notas sueltas —como la de Campoamor—, páginas de aquí y allá, para procurarnos una idea verdadera de la personalidad psicológica de Cá-

novas y de su temperamento. Caso triste el caso de Cánovas, el caso de un político prepotente que no ha tenido a su lado un artista —él que amaba tanto a literatos y poetas— que haya hecho para la posteridad su retrato... La prosa de Cánovas es varonil, recia, un poco dura, pero clara y concreta. ¡Qué enorme diferencia entre esta prosa henchida de voluntad e inteligencia y la prosa vacía y resbaladiza de casi todos nuestros políticos! En la prosa de sus discursos es donde Cánovas llega a su máximo de concreción y rapidez. El mismo *Clarín*, hablando de Cánovas, orador, confiesa que Cánovas «no pretende cultivar el estilo asiático ni el florido, y llama al pan, pan, y al vino, vino». «El recaba su derecho —añade Alas— de decir lo que quiere y de saber lo que dice». ¿Cabe mayor elogio en este país de parlamentarios vacuos y difusos? ¿No es éste el elogio de lo rápido y de lo concreto —cualidades supremas— en el estilo? Hay en Cánovas un pensamiento que se siente fuerte y trascendental en su patria, y que a cada momento se complace en ponerse de relieve. Lo declaramos terminantemente: por expresivo y substancioso en extremo tenemos este estilo de Cánovas, vio-

lento, plástico y enérgico, análogo al estilo —tan ponderado— de Hurtado de Mendoza en sus *Guerras de Granada*. Ya es hora de que se haga justicia a Cánovas como estilista. ¿Laberíntico? Alguna vez, pase. Pero, ¿quién no lo es alguna vez? ¿Quién no lo es cuando, político, gobernante, teniendo que expresar algo delicado, grave, se siente por un lado el peso del deber como patriota y estadista, y de otro —como le aconteció a Cánovas—, las exigencias de la razón y de la crítica, independientes de patria y de circunstancias de tiempo? ¿Laberíntico? No; hay todo un mundo de distancia entre el estilo de Cánovas y el de los *Grandes anales*, de Quevedo, modelo de prosa verdaderamente escurridiza, torcida y laberíntica. («... Ocasionó en Pedro de Tapia alguna comprensión la opulencia de sus casas, que le sirvieron más de acusación que de alojamiento: fué tan a raíz de expirar Su Majestad esta orden, que el pueblo la tuvo más por revelación de su alma que por desengaño de su muerte; y añadió esta circunstancia al deseo y penitencia de los desposeídos, y creo que juzgan no menos bien representando esta corrección que juzgando, y que son al mundo tan provechosos

los ejemplos como las conjeturas; pues ahora aconsejan a los Consejeros, y cuando lo eran los acompañaban...»). Rechazar la prosa de Cánovas y admitir, exaltándolas, la de Hurtado de Mendoza y la de Santa Teresa es —*contando con la necesaria relatividad*— una incongruencia. La característica de esos tres estilos, su *razón de ser*, estriba en la saliente, preponderante personalidad de sus autores, que se pone a cada instante a nuestra vista. El impulso del yo, su decisión, su energía, determina el estilo, impulsivo, recio, escueto, realista, violento.

La obra de Cánovas.

La obra de Cánovas —especulativamente— ha consistido en dar al ideal conservador una base y transcendencia filosóficas que antes no tenía; es decir, con más exactitud, que desde Cánovas arranca una doctrina conservadora. Una doctrina conservadora no podía darla mas que un pensador como Cánovas. Hoy una doctrina conservadora, para ser fecunda, sólida y moderna, no puede tener por asiento sino la sociología de Augusto Comte. Hay en Comte

muchos elementos aprovechables para una ideología conservadora: los hay en su *Système de politique positive* o *tratado de sociología*. (No se olvide que Comte es también autor de un *Llamamiento a los conservadores*. Véase también el libro *Auguste Comte, conservateur. Extraits de son oeuvre finale. 1851-1857*.) La tentativa ha sido ya hecha —Brunetière—, pero con aplicación a la apologética católica. Cánovas comenzó a formar la doctrina conservadora. Ya antes, publicistas como don Andrés Borrego habían tratado de arbitrar una base doctrinal. (*Lo que ha sido, lo que es y lo que puede ser el partido conservador*. Madrid, 1857. Páginas 50 y 51.) Campoamor, en sus trabajos polémicos, nos había mostrado también un vislumbre de conservadorismo racional, *experiencial* (pase el neologismo). Pero sólo un pensador como Cánovas, y a la vez hombre de acción, pudo realizar la obra. La curiosidad intelectual de Cánovas, su avidez por los problemas del pensamiento, le han llevado a dar una substancia filosófica al conservadorismo. No ha sucedido lo mismo con el partido liberal. No ha habido en él quien elevara la doctrina y pusiese en ella la idealidad que muchos reclamaban. En 1910

un diputado republicano, Pedro Corominas, en un discurso pronunciado en el debate de la contestación al Mensaje de la Corona —13 julio— hacía resaltar la falta en el partido liberal de «contenido espiritual». «Os ha adelantado el partido conservador en todos los problemas», decía el orador dirigiéndose a los liberales. «El partido conservador os ha dejado atrás en la solución de los problemas y reformas sociales; el partido conservador os ha ganado por la mano en dar satisfacción a las aspiraciones catalanas; el partido conservador, si no os aprestáis a resolver el problema de las Ordenes religiosas, tengo yo la convicción de que también os lo resolverá». Tres años más tarde, José Ortega y Gasset hacía del mismo partido liberal una disección implacable, poniendo de relieve su falta de espiritualidad. (*De un estorbo nacional*, en *El Imparcial*, de 22 de abril, y en *El País*, de 12 de mayo de 1913.)

Cánovas ha creado una doctrina conservadora. Procuremos nosotros, políticos y publicistas conservadores, mantener siempre esa elevación ideal que todo partido ha de tener. No olvidemos jamás, por mucho que sea el apremio de las circunstancias, por mucho que urjan los ac-

cidentes, que éstos no pueden reemplazar nunca a la esencia. Cánovas, creador de una doctrina lógica, ¡con cuánta íntima, profunda, dolorosa contrariedad siente su menoscabo ante la realidad inexorable, ineluctable! La leyenda de su pesimismo, ¿no provendrá de esa tristeza suya al tener que aceptar la imposición de esas *transacciones* de que él ya hablara, en 1864, en un discurso del Congreso?

Maura.

Esta actitud de pesar, de meditación, de dolor ante la realidad que se rebela y con la que, a veces, es preciso transigir, es lo que eleva a Cánovas. Política: no devaneo, no inconsciencia. Política: meditación, dolor. Guardémonos, sin embargo, del pesimismo; no caigamos por la pendiente de la desesperanza. *Il faut prendre tout au sérieux, rien au tragique*, solía decir un gran político: Thiers. Otros hombres, otros relevantes políticos españoles contemporáneos han tenido una gran agilidad mental, una elocuente palabra, una rápida intuición; pero en ellos la política era un juego, un esparcimiento,

una satisfacción personal, una vanidad. Producían la impresión de figuras sin consistencia; en ellos la acción ni la palabra no respondían a nada: era igual hacer una cosa que otra. La impresión de cuidado, de conciencia; la impresión del *hombre con la mano en la mejilla*, sólo la ha dado Cánovas, y después, Maura y La Cierva. Política: sacerdocio, sinceridad, conciencia, dolor. Una cosa no ha podido serle negada a Maura. Maura ha tomado en serio la política. Maura ha dignificado la política. En este país del devaneo y de la frivolidad; en este país de la inconsciencia y de la petulancia, esa lección es de una trascendencia moral incalculable...

*La propiedad como
base de continuidad.*

Llegamos al núcleo de este trabajo. Intentemos exponer una doctrina conservadora, *la* doctrina conservadora. El ideal de un partido ha de tener por base no meras adjetividades, sino cosas fundamentales y substantivas. La limpieza administrativa, el orden, el ejercicio activo y escrupuloso de los derechos ciudadanos

no pueden ser patrimonio de un partido; un partido no puede hacer de lo enunciado —que son accidentes, *forma*— la esencia de su programa. Todo esto que hemos indicado lo han predicado y difundido los hombres del partido conservador en todos los momentos; pero ni Cánovas, ni Maura, ni La Cierva —supremas encarnaciones del conservadorismo— han podido pensar nunca en convertir lo adjetivo en sustantivo. Las circunstancias de la política y de la vida nacional pueden haber sido tales, o pueden ser tales, que lo meramente accidental y común a todos los partidos venga a ser —en uno de los partidos— una honda preocupación dominante; pero jamás se habrá de perder de vista que existe un ideal superior que, coherentemente, lógicamente, ha de informar toda la vida del partido y toda la orientación de sus hombres. Doctrina conservadora. ¿Cuál es la doctrina conservadora? ¿Cuál es la doctrina que corresponde —irremisiblemente— a una religión, a una sociología y, desde luego, a una estética? Tened en cuenta que todo se traba y concatena, y que, en un espíritu lógico, una página literaria corresponde, con exactitud, a una concepción sociológica o a una teoría cosmogé-

nica. ¿Cuál podrá ser *la* doctrina conservadora, la doctrina que ha informado e informa la obra de un Cánovas, un Maura, un La Cierva?

Para nuestra labor de sintetización encontramos datos precisos en uno de los discursos doctrinales de Cánovas: el pronunciado en el Ateneo en noviembre de 1871. (*Problemas contemporáneos*, volumen I. Madrid, 1884.) Para Cánovas, el principio fundamental del conservadurismo es la continuidad. «Sin elevar el principio de continuidad y sucesión a la ley fundamental humana —escribe Cánovas—, nada se explica satisfactoriamente en el orden civil, y mucho deja de explicarse bien asimismo en el orden político». «Con él, por el contrario —añade el autor—, hallan al punto razón suficiente la propiedad, la familia y la patria, y aun aquella forma del Poder público que, en mi opinión, lleva a todas ventaja, que es la hereditaria, la Monarquía». Pero la continuidad no puede existir sin la autoridad. ¿De qué manera podría darse la sucesión en el esfuerzo, la sucesión a lo largo del tiempo de las instituciones, la permanencia, en suma, sin un poder unificador, director? ¿Y quién —sigue pensando Cánovas— ha de crear este poder? ¿De qué

manera se ha de dar este poder? ¿De dónde y cómo ha de surgir? Ese poder, esa autoridad, no puede darse con caracteres de coherencia y de permanencia sino en la propiedad. «La propiedad no puede existir sin que la autoridad la ampare bajo sus alas, y de eso a cada paso tenemos patentes pruebas; la autoridad, y esto es menos claro, pero tanto y más cierto, si cabe, no puede fundarse sólidamente sino sobre la propiedad». La propiedad, para Cánovas, es «una institución esencial de la sociedad humana». «Si la propiedad por sí misma no crea u organiza la autoridad, tiene a la larga que desaparecer fatalmente...» Las páginas de donde tomamos estas citas deben ser leídas con detención; una nota nos advierte que el autor las suprimió en la lectura de su discurso; las circunstancias de lucha social y de revueltas que en aquellos días se producían aconsejaron tal supresión. «Hoy —dice Cánovas—, cuando el orden social no amenaza igual peligro, se restablecen por el borrador, que aun existe». Lo que motivó la supresión de las páginas aludidas fué el afirmar en ellas Cánovas que «el sufragio universal y la propiedad son antitéticos», y el augurar, escuetamente, que con la moder-

na orientación política, creciente más cada día el régimen del sufragio, se irá, sin falta, a la desaparición de la sociedad tal como está hoy constituída. Pero entramos con esto en la materia del capítulo siguiente, que no ha de ser sino hacer ver al lector cómo la antinomia de sufragio y propiedad, insoluble, formidable, llevó a Cánovas, espíritu acomodaticio y flexible, a un mundano pesimismo, y ha llevado a Maura, más inflexible, más sincero, más ardiente, más impetuoso, a una desesperanza dramática.

La tierra como base de continuidad; la propiedad como guardadora y garantía del orden social. «Porque es inútil desconocerlo; donde quiera que no tenga éste confiada su conservación y dirección a la propiedad de la tierra y al capital heredable, es decir, a la riqueza, en sus condiciones de hoy, la pendiente natural de los hechos, lógicamente, llevará al socialismo, al colectivismo, al comunismo, más tarde o más temprano».

La tierra y los muertos.

No es otra la fórmula del conservadorismo de un Mauricio Barrés. Pero mientras Barrés, *diputado republicano*, se mantiene en un terreno de elevación artística, lírica, Carlos Maurras, por ejemplo, Carlos Maurras, *monárquico y anti-parlamentario*, examina el hecho social en un terreno más práctico, y echa de ver las irreducibles antinomias. Barrés, parlamentario, no puede ver en el parlamentarismo una causa de discontinuidad y de incoherencia. (Si lo ve —¿cómo no lo ha de ver?— prescinde de ello. Lo ve, sí, y ahí están algunos de sus libros; ahí está su reciente *Dans le cloaque*. Pero, ¿juzga Barrés que el parlamentarismo es malo *en sí*, o cree que es malo por *sus accidentes*?) Maurras va derecho al centro del mal y señala el más formidable de los obstáculos. Sin embargo, en regiones más elevadas Barrés choca también con el irreducible antagonismo; toda su obra no es mas que una lucha entre el espíritu individualista y el nacionalismo. Barrés ha tratado de hacer la síntesis de los contrarios; el yo exaltado por

aquél en sus primeras obras (obras anárquicas) no podía darse aislado de todo, como una causa sin causa. Necesitaba un *justificante* y un *apoyo*. Justificante: la Historia, los antepasados, los muertos. Apoyo: la tierra, un determinado medio físico y social, una nación. La doctrina es coherente; el enlace entre la primitiva modalidad de Barrés y la actual está perfectamente hallada. Pero la paz no se ha acabado de hacer; la antinomia continúa en pie, amenazadora, inquietadora. Y esta antinomia está expresada en uno de los últimos libros de Barrés —*La Colina inspirada*— por medio de un diálogo, al final del libro, entre la ermita y el prado, entre el entusiasmo y la disciplina. La disciplina triunfa, al fin, sobre el entusiasmo. Pero —¡cuidado!— durante todo el curso de la obra quien se nos ha mostrado, quien ha sido descrito amorosamente, quien lo ha llenado todo, quien ha inspirado al autor ha sido el entusiasmo. Si a la postre, en una página final, el entusiasmo queda vencido, ¿cómo borrar el efecto psicológico que durante todo el libro ha producido en nosotros? La antinomia está en pie, sin resolver. Por entusiasmo entiende Barrés la innovación, la iniciativa libre, la pasión, lo desconoci-

do; por disciplina —no necesitamos explicarlo— la tradición, el orden, los siglos, los antepasados...

Barrés, permaneciendo en las regiones del lirismo, se tropieza con el trágico conflicto. Descendamos de esas esferas; tengamos la dialéctica de un Cánovas o de un Maurras, y a cada momento, en los varios problemas de la política, nos encontraremos con la dificultad insuperable. Pero dejemos esto para un ulterior desenvolvimiento. La doctrina conservadora, en el terreno de la sociología y del arte, reposa sobre la fórmula de *la tierra y los muertos*. Hay en nosotros una personalidad que no es autóctona, aislada; una honda ligazón nos la enlaza con el ambiente y con la larga cadena de los antepasados. Muchas veces, cuando entristecidos e irritados por las cosas de nuestra Patria, decimos que quisiéramos marcharnos lejos de ella, sentimos al punto que, fuera de la Patria, lejos de la Patria, no podríamos vivir: vivir fecundamente la vida del espíritu. No podríamos ser en el país de elección lo que sentimos que somos en la propia tierra. Aun conociendo maravillosamente, estupendamente, la lengua, el arte, la literatura, la historia, etcé-

tera, de un país extranjero, hay muchas cosas en él que nos escapan. Estas cosas no se pueden definir ni concretar: están en el ambiente... y en la larga cadena de antepasados, que no han sido los nuestros. A nuestro espíritu le falta un apoyo preciso, insustituible. No echamos de menos nada de la vida material; lo tenemos todo; nos rodean solícitos y afectuosos amigos. Y, sin embargo, nos sentimos como en suspenso. Nuestra obra de arte —si somos artistas— no podrá tener, en esta lengua extraña, un segundo plano espiritual, una lejanía que aquí, en nuestra Patria, tendría necesariamente. Nuestro ser está ligado a las cosas y a los muertos. Este paisaje radiante y melancólico de Castilla y de sus viejas ciudades está en nosotros. Y en nosotros están los hombres que a lo largo de las generaciones han pasado por este caserón vetusto, y los ojos que han contemplado ese ciprés centenario del jardín, y las manos que al rozar —¡tantas veces!— sobre el brazo de este sillón de caoba han producido un ligero desgaste...

*El régimen parlamen-
tario creador de des-
orden e incompetencia.*

Serán inútiles cuantos esfuerzos haga el político para buscar en un Estado parlamentario las causas de la confusión, del desorden, de la incompetencia y de la infructuosidad. Las causas de todo esto están en el mismo régimen parlamentario. El régimen parlamentario es régimen de opinión. ¿Qué es la opinión? ¿Cómo se hace y dónde se la encuentra? La opinión es una cosa variable, fluctuante, apasionada, superficial. Hoy hemos llegado a hacer una abstracción de este factor social; a las antiguas abstracciones hemos sustituido otras; seguimos siendo tan supersticiosos ahora como antes. Cuando vamos en el tren, o estamos un momento en un café, o entramos en una tienda escuchamos fragmentos de diálogos en que, tratándose de las cosas más delicadas, por ejemplo, se expresan los juicios más absurdos. Nos asombramos en nuestro interior de tal manera de pensar; pero no podemos exigir que

este hombre que ha estado junto a nosotros tenga los conocimientos, la perspicacia, el patriotismo y la serenidad de un hombre de gobierno. Y, sin embargo, en un Estado parlamentario este hombre —con millares y millares de sus semejantes— es quien gobierna. Y este hombre y la muchedumbre de sus congéneres forman la opinión, que es una creación de la inteligencia— influyendo sobre las muchedumbres—, la cual opera su labor estando esclavizada por el Dinero, la Industria, la Finanza. Carlos Maurras ha escrito páginas profundas sobre este fenómeno social del mundo moderno en su libro —un poco pesimista— *L'Avenir de l'intelligence*.

En lo espiritual, como en lo material, el progreso es la lucha de los pocos, de las individualidades fuertes, contra la opinión, contra la masa. En lo espiritual: una reforma política, una decisión importante de gobierno, una fórmula estética, una concepción religiosa. En lo material..., ¡qué angustioso calvario el de los inventores! Nada más elocuente que lo relativo al invento de este medio de locomoción y transporte que hoy nos parece tan vulgar y sencillo: los ferrocarriles. En Inglaterra, en 1825,

la lucha de Stephenson contra la opinión fué formidable. Dos meses duró en el Parlamento la discusión del primer ferrocarril del mundo: el de Liverpool a Manchester. Durante tres días estuvo sometido Stephenson al riguroso interrogatorio de los parlamentarios; admirables recursos de inteligencia y de energía tuvo que poner en juego para salir triunfante de la prueba. Se alegaron contra el ferrocarril las más estupidas ineptias. En los fastos parlamentarios de las naciones europeas este debate puede ser citado como uno de los más tópicos. Véase relatada esta lucha parlamentaria en la *Vida de Stephenson*, por Smiles. Hemos citado en estas páginas a Thiers. El nombre de ese gran político suscita el recuerdo de otra dolorosa lucha de un hombre contra la opinión: el recuerdo de la sesión, en la Cámara francesa, del 15 de julio de 1870. Inminente la declaración de la guerra por el Parlamento, enardecidos los ánimos, en un ambiente de vociferaciones y de gestos violentos, Thiers se oponía a la declaración y pedía *quelques instants de reflexion avant de prendre une résolution aussi grave*. Se interrumpía su discurso con gritos ardorosos y groseros dicterios. «¡Sois la trompeta antipa-

triótica del desastre!», llegó a gritarle un diputado. «¡Ofendedme! ¡Insultadme! —exclamaba el orador—. ¡Yo estoy dispuesto a sufrirlo todo por defender la sangre de mis conciudadanos, que vosotros estáis dispuestos a derramar tan imprudentemente!» Thiers, clarividente; Thiers, razonador, gran patriota, fué vencido. Triunfó la opinión... Gobierno parlamentario es gobierno de incoherencia. No se podrá hacer obra duradera en un país de parlamentarismo. Lo que haga de fecundo y de bienhechor un Gobierno lo destruirá otro. Los Gobiernos serán pandillas de políticos profesionales. Sólo una fuerte dirección suprema que neutralizara en lo posible, si no anulara, los efectos del régimen, podría hacer que un país parlamentario progresara. Hace poco leíamos un artículo de un ex diputado del Parlamento alemán (*Le role du Reichstag*, por el clérigo E. Wetterlée, en *L'Echo de Paris* del 17 de septiembre de 1914, edición de Burdeos). No es una autoridad política ni filosófica el autor del artículo; pero son, sí, interesantes sus palabras, por tratarse de un antiguo miembro del Reichstag. Cosa curiosa: todo el artículo, que está escrito como lamentación de que el Reichs-

tag no sea un verdadero Parlamento y no haya sido tenido casi para nada en cuenta en la vida oficial de Alemania; todo el artículo está demostrando lo utilísimo de esta anulación casi total del parlamentarismo en un país parlamentario. ¿Hubiera llegado Alemania a tener su enorme fuerza —científica, industrial, militar— sin esa anulación? «¡El Reichstag! —exclama Wetterlé—. Mejor sería que no habláramos de eso. Alemania no conoce el parlamentarismo. Siempre que la representación nacional ha esbozado un gesto de resistencia, los Gobiernos confederados han autorizado al emperador para que la disuelva, y el pueblo ha enviado siempre a Berlín una mayoría más dócil»... Todo el artículo es sumamente instructivo.

Régimen parlamentario, régimen de desorden, de ineficacia, de incompetencia. «Alemania no conoce el parlamentarismo». ¿Cómo un hombre que tenga su espíritu formado en las ideas de método, de coherencia y de continuidad puede amar el régimen parlamentario y ser un defensor entusiasta de él? No lo comprendemos. El sufragio universal es una superstición, como lo es el Jurado. Antetodo, no es univer-

sal. Ya Cánovas hizo la observación en su discurso del Congreso de 15 de marzo de 1876. ¿Por qué teniendo votos los hombres no lo tienen las mujeres? ¿Hay nada más absurdo, más injusto, más inicuo? «Verdaderamente —decía Cánovas— si es un principio inherente a la personalidad humana, ¿por qué no ha de ser extensivo a la mujer, cuando esté en condiciones de independencia civil? ¿Acaso el sexo niega alguno de los derechos que son realmente atributos de la personalidad humana?» En los *Problemas contemporáneos*, Cánovas considera también el sufragio desde otro punto de vista. «En filosofía y sociología —escribe— el sufragio universal no representa mas que la fuerza; la fuerza, que puede estar muy bien de acuerdo con el derecho y la razón, pero que, lo mismo que en el derecho y la razón, puede ponerse de acuerdo con la iniquidad y el error». Y añade Cánovas: «Los ejércitos, que en otros siglos disponían exclusivamente de la suerte de los pueblos, son y serán siempre una fuerza más inteligentemente organizada y mejor dirigida que el sufragio universal; y, sin embargo, ¡qué inútiles y odiosos estragos no causan los escuadrones y los batallones victoriosos, cuando no

sustentan cosas justas, como una guerra de independencia, por ejemplo!»

Los partidos.

¿De qué manera un hombre como Maura, de tanta rectitud, de tanta buena fe, de tanta sinceridad, puede conciliar en su espíritu contrarios tan opuestos, tan irreductiblemente opuestos como régimen parlamentario por un lado y continuidad, coherencia y eficacia en el esfuerzo por otro? Cánovas reconocía, confesaba la antinomia; Maura no la confiesa —al menos públicamente— pero experimenta la tristeza del esfuerzo baldío por resolverla. Sí, la antinomia es irresoluble. Los más perseverantes y nobles esfuerzos serán inútiles. Régimen parlamentario, régimen de opinión es régimen de incompetencia y de desorden. Consecuencia lógica, fatal, de este régimen es la atomización de los partidos. ¿Cómo han de ser los partidos y cuál ha de ser la conducta de unos para con otros? En un estudio sobre el Jurado (*Problemas contemporáneos*, volumen III; Madrid, 1890) Cánovas ha tratado, incidentalmente, de esta

cuestión. El autor, en las páginas preliminares del estudio citado, formula compendiosamente, encerrándola en cuatro «postulados», la doctrina del partido conservador: la doctrina en cuanto a la *conducta*, no en lo referente a la esencia. El primer postulado de Cánovas establece la alternativa de los partidos «previamente organizados y por igual sumisos a las leyes constitucionales, de suerte que limiten sus pretensiones recíprocas a ir modificando con diferentes tendencias las complementarias del orden político, según las conveniencias sucesivas, y estableciendo aquellas que tocan sólo a lo económico y administrativo y a la seguridad o defensa del Estado». El segundo postulado es consecuencia del precedente. Consiste en que «la ordenada sucesión de la alternativa supuesta exige que pacientemente sufra cada partido que su contrario introduzca en las leyes, cuando la vez le toque, preceptos distintos de los que entiende él justos y oportunos». En el tercer postulado Cánovas reconoce que los inconvenientes que esto trae consigo son de tal modo inherentes al régimen parlamentario, son tan de la misma entraña del régimen parlamentario, «que no hay mas que pasar por ellos

si se quiere conservarlo, prefiriéndolo con eso y todo a otras formas de Gobierno susceptibles en ocasiones de mayores males». En el cuarto y último postulado, Cánovas reconoce que los inconvenientes «graves» que puede suscitar la alternativa de los partidos, inspirados en tendencias diversas, propensos a destruir mutuamente sus obras, «no tienen otra mitigación posible que el patriótico y mutuo propósito de no dejarse llevar irreflexivamente de propensión semejante». (No otra es la doctrina de Maura, expresada en conocidos documentos.) Notemos lo del *patriótico y mutuo propósito*: cosa difícilísima dentro del régimen parlamentario, régimen de impresiones momentáneas. Cánovas añade: «... sujetándose, antes bien, por convicción propia a no remover las cosas, una vez ya establecidas, sino cuando lo aconsejen nuevas y urgentes razones que en su generalidad reconozca y sancione la opinión pública». ¿Qué opinión? ¿Cómo definirla? Siendo el régimen parlamentario un régimen de opinión, ¿cómo para remediar uno de sus males vamos a echar mano... de la opinión? El fraccionamiento de los partidos y la incoherencia —lo repetimos— son consecuencias ineludibles del siste-

ma. En el mismo trabajo citado, Cánovas escribe: «Jamás se ejercita bien el régimen parlamentario si no entre partidos que tienen mucha suma de doctrina común, dividiéndolos antes cuestiones de conducta y tendencia, que los esenciales principios de gobierno». Palabras exactas; pero en contradicción con todo el régimen.

La irreductible antinomia.

Cánovas ha visto la irreductibilidad de la antinomia y ha tenido la sinceridad de reconocerlo. «El sufragio universal y la propiedad son antitéticos». Los párrafos de donde tomamos estas citas son de los suprimidos en la lectura del Ateneo (1871) y restablecidos en el libro (1884, *Problemas contemporáneos*, volumen 1).

«No, no hay que cerrar los ojos a la luz del sol, porque a las veces deslumbre: ni más ni menos que el privilegio aristocrático cayó por tierra cuando le faltó el poder a la aristocracia, desaparecerá la propiedad, un poco antes o un poco después, cuando deje de ser fundamento esencial y necesario en la constitución de la autoridad, o sea en la soberanía». Es de-

cir, cuando los dueños del voto, que son en su inmensa mayoría *no propietarios*, lleguen a ejercer perseverante y escrupulosamente su derecho. Como desapareció la nobleza, desaparecerá la propiedad. «Excepción era la nobleza, y eran los mayorazgos: excepción es el capital heredado o adquirido, no cabe la menor duda. Y pues aquella excepción, repito —¿habrá quien lo niegue con la historia en la mano?—, sólo duró luengos siglos porque dispuso del poder, del gobierno, de igual manera durará esta otra excepción tan sólo el espacio de tiempo que se tarde en ceder el gobierno y el poder de los proletarios. La fuerza material, que tantas veces procede de la fuerza lógica, obrará aquí como lógica pura, inmediata, irresistible». Diversas causas (desconocimiento de sus propias fuerzas en los proletarios, indisciplina, fuerza de la tradición religiosa, etc.); diversas causas pueden retardar más o menos tan formidable transformación social; pero al cabo eso llegará fatalmente. El sufragio universal —concluye Cánovas— tendrá que ser practicado insinceramente, «o será, en estado libre y obrando con plena independencia y conciencia, comunismo fatal e irresistible».

La antinomia, para el conservador parlamentario, partidario del sufragio, es irresoluble. ¿Qué hacer? ¿De qué lado inclinarnos? Cánovas, en esas mismas páginas, a seguida de trazar la trayectoria citada, nos ofrece un esbozo —nada más que un esbozo— de solución. ¿Lo es realmente? «Lo que hay —escribe Cánovas— es que del propio modo que la propiedad se democratiza, haciéndola asequible a todos por virtud del trabajo y del ahorro, el poder se puede democratizar legítimamente, haciéndole accesible en más o menos parte también a todo el que sea propietario». Y añade Cánovas —en quien no parece que se ve al hablar de esto convicción ninguna—: «Cabría por consecuencia admitir dos grados en la democracia para ascender desde la miseria a la participación en el poder o la soberanía: la propiedad, el primero; el segundo, el derecho electoral». Pero esto no es un remedio al porvenir que aguarda a la sociedad más o menos lejano *con el sufragio universal*; esto es la supresión del sufragio universal. No se resuelve, por tanto, el problema, *contando con la universalidad del sufragio*. La antinomia queda en pie, insoluble. Toda la obra de Cánovas, leída detenidamente,

meditada, está infiltrada de esa terrible preocupación; a cada momento sentimos latente o manifiesta la idea dominante en el estadista. Y acaso Cánovas mitigaba la obsesión o pretendía olvidarla entregándose al estudio de la historia, amando los bellos y raros libros, gustando de platicar, en charlas chispeantes de ingenio, con artistas y bellas damas...

EPILOGO

*Uleja España,
Patria nueva...*

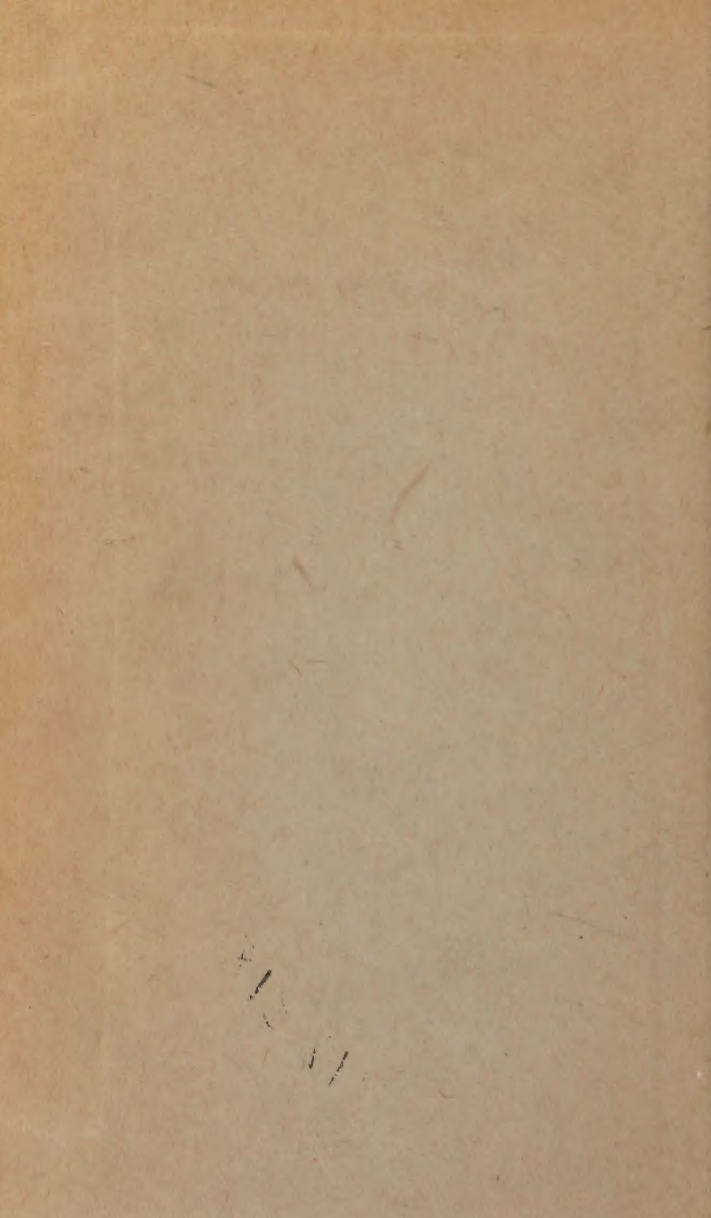
ESCRIBIMOS estas líneas —breves— la misma noche de nuestra llegada a Madrid, a 650 metros, desde *allá abajo*, junto al Océano. Mañana irá este libro a la imprenta... Durante el camino hemos visto los pueblecillos de Castilla, tantas veces sentidos. Sobre el azul, tan puro, tan radiante, se perfilaban los clásicos álamos, que en la llanura desnuda tan honda intensidad alcanzan. Tembleaban sus hojas en el aire sutil. Ya sentimos de nuevo el ambiente de la vieja España. ¡Pobre España! Estos campos pelados y secos, estos pueblecitos pobres y solitarios, permanecerán así todavía durante mucho tiempo. Durante mucho tiempo todavía —¿hasta cuando?— la verborrea grandilocuente, la frivolidad, el trámite, la dilación, el despilfarro. ¡Pobre España! Ni Instrucción Pública, ni Justicia, ni Hacienda, ni Ejército... Hemos comen-

tado en estas páginas el pensamiento de un político español, excepcional entre los políticos españoles, maravilloso cerebro de organizador y de cohesionador, hombre de extraordinaria energía, dotado de un don de mando rápido y decisivo. Organización, cohesión, continuidad en el esfuerzo es lo que nos falta en España. Sean cualesquiera las tendencias de una política, sean éstas o las otras las ideas de un programa, no podrá haber labor fecunda sin todas esas cualidades indispensables. Reconozcámoslo, estemos en el campo en que estemos. Y si sentimos ese *patriotismo melancólico e implacable* de que hablaba Cánovas, consagremos toda nuestra energía y toda nuestra inteligencia, modestas o brillantes, a la obra de la reconstrucción de España. *Vieja España, Patria nueva...*

San Sebastián-Biarritz-Bayona-Madrid.
Verano de 1914.

Í N D I C E

	<u>Páginas.</u>
I.—El hombre	11
II.—El ambiente	21
III.—Los comentarios.....	31
IV.—Valoración previa.....	41
V.—Psicología parlamentaria.....	89
VI.—Allá arriba.....	97
VII.—Partido y patria.....	107
VIII.—Organización, densidad.....	117
IX.—Melancólico e implacable	137
X.—La desviación.....	149
XI.—Una obra reformadora.....	161
XII.—Desinterés y concordia	171
XIII.—La doctrina conservadora.....	179



864.59 M385DI



a39001

008195896b

72318

